

REVISTA NACIONAL  
DE  
**EDUCACION**

---

Año III

JUNIO

1943

---

**S U M A R I O**

---

EDITORIAL

---

PENSAMIENTO ESPAÑOL

José Ibáñez Martín: *San Isidoro y la cultura.*—Luis Araujo-Costa  
*Tríptico romano en las cifras de un segundo milenario.*

TEMAS DOCENTES

José María Albareda: *Universidad, Farmacia y Vida rural.*—Ce-  
sare A. Gullino: *La reforma italiana en la enseñanza.*

NOTAS DEL EXTRANJERO

*El laicismo y la educación religiosa en Bolivia.*

CRONICAS Y REPORTAJES

*El Ministerio de Educación Nacional en la Fiesta del Libro.*  
*Se inaugura el nuevo Conservatorio.*—*Apuntes críticos de la*  
*Exposición Nacional de Bellas Artes.*—*El Primer Consejo*  
*del S. E. P. E. M.*

---

*Bibliografía.*

CUADRO DE  
COLABORADORES DE LA

REVISTA NACIONAL  
DE  
EDUCACION

Cayetano ALCAZAR. — Dámaso ALONSO. — Carlos ALONSO DEL REAL. — Sabino ALVAREZ-GENDIN. — Fernando ALVAREZ DE SOTOMAYOR. — Claro ALLUE SALVADOR. — Luis ARAUJO COSTA. — Celso AREVALO. — Paz de BORBON. — Juan BOSCH MARIN. — Giusseppe BOTTAI. — Eloy BULLON. — Angel CARRILLO DE ALBORNOZ, S. J. — Eduardo CARVAJAL. — Arturo M.<sup>o</sup> CAYUELA, S. J. — Carlos CLAVERIA. — Carlos CONSIGLIO. — José M.<sup>o</sup> de COSSIO. — Adelardo COVARSI. — Eugenio CUELLO CALON. — Sancho DAVILA. — Eugenio D'ORS. — Eleuterio ELORDUY, S. J. — Fernando ENRIQUEZ DE SALAMANCA. — Joaquín ENTRAMBASAGUAS. — Pío ESCUDERO. — Concha ESPINA. — Joaquín ESPINOSA. — José FORNS. — José FRANCES. — Mercedes GAIBROIS DE BALLESTEROS. — Pascual GALINDO. — Juan GARRIDO LESTACHE. — Nicolás GONZALEZ RUIZ. — Julio F. GUILLEN. — José IBÁÑEZ MARTIN. — Eduardo IBARRA. — Alfonso INIESTA. — Francisco IÑIGUEZ. — Carlos JIMENEZ DIAZ. — Pedro LAIN ENTRALGO. — Modesto LOPEZ OTERO. — Manuel LORA TAMAYO. — Marqués de LOZOYA. — Rafael de LUIS DIAZ. — Antonio MAGARIÑOS. — José MALLART. — Alfredo MARQUERIE. — Condesa de MAYALDE. — Ramón MENENDEZ PIDAL. — Eloy Montero. — General MOSCARDO. — Pedro MUGURUZA. — Rafael NARBONA. — Luis ORTIZ MUÑOZ. — José M.<sup>o</sup> PABON Y SUAREZ DE URBINA. — Ciriaco PEREZ BUSTAMANTE. — Fray Justo PEREZ DE URBEL. — Guillermo PETERSEN. — Pilar PRIMO DE RIVERA. — Lorenzo RIBER. — Martín de RIQUER. — Blanca de los RIOS. — Tomás ROMOJARO. — Félix ROS. — Carlos RUIZ DEL CASTILLO. — Regino SAINZ DE LA MAZA. — Manuel SANCHEZ CAMARGO. — Francisco Javier SANCHEZ CANTON. — Carlos SANCHEZ PEGUERO. — Angel SANTOS RUIZ. — Antonio TOVAR. — Joaquín TURINA. — A. VALLEJO NAJERA

DIRECTOR: Pedro ROCAMORA

# EDITORIAL



Si queremos que el espíritu de España recobre su vigoroso estilo tradicional, tendremos que afrontar, en el ámbito de lo universitario, el problema de su absoluta renovación.

Si España logra históricamente dar el más justo sentido al concepto de la Universidad, es porque sin duda nuestra Patria estaba destinada para realizar una de las más altas empresas en el mundo de la cultura. Porque si, en efecto, hubo dos tipos clásicos de Universidad, representados por la de París y la de Bolonia, España sintetizó originariamente el régimen interior de ambas. En la primera, la Universidad era simplemente una corporación de maestros. En la segunda, de estudiantes. La Universidad que definiera el Rey Sabio reuniendo aquellos dos estilos de organización, pudo ser definida por el autor de las Partidas, como "Ayuntamiento de maestros e de escolares".

El nombre de Salamanca durante la Edad Media, y el de Alcalá de Henares durante el Renacimiento, marcan los jalones de nuestro espléndido florecer universitario. En la primera—constituída en Estudio general e internacional hacia 1215, después de la de París y la de Oxford—se condensaba toda la ciencia y la enseñanza de la época, sin perjuicio de que en algunas ciudades, como Toledo y Murcia, floreciesen Academias que desenvolvían determinadas clases de estudios especiales. He aquí la razón de que Salamanca fuese considerada desde los primeros momentos, al lado de Bolonia, de París y de Oxford, como uno de los cuatro Estudios generales de la Cristiandad.

La de Alcalá surgió como un exponente del movimiento intelectual del Renacimiento, merced al esfuerzo tenaz que en

ello puso el Cardenal Cisneros. En general, puede decirse que toda Universidad es siempre producto de una época y símbolo inmediato de su inquietud cultural. No por un producto del azar aparece en el siglo X la Universidad cordobesa, ni en el siglo XII la de Bolonia, ni la de París en el XIII; la de Salamanca, en el XV; la de Alcalá, en el XVI; la de Harvard, en el XVII; la de Moscú, en el XVIII; la de Berlín, en el XIX, y la de Londres, en el XX. Antes, por el contrario, la aparición de cada una de esas Universidades responde a un movimiento espiritual realizado por cada uno de los diversos pueblos en momentos históricamente determinados, y recogido por la alta política del Estado.

En España, la Universidad comienza a transformarse a partir de los tiempos constitucionales. Así, la política representada por Martínez de la Rosa, el Conde de Toreno, Vidal, Ríos Rosas y Pacheco, inició la reforma de nuestra enseñanza universitaria, calcando el espíritu de la misma del doctrinarismo francés, representado por Guizot, Royer Collard y Coussin, entre otros.

La reforma de esta época se limitó, en términos generales, a la secularización de la enseñanza en todos sus órdenes. Más tarde, la Ley de 1857 y las reformas del 68 hicieron oscilar la trayectoria del espíritu universitario en un vaivén doctrinal, sin atisbos de continuidad ni de permanencia.

En ese régimen, en el que no se había definido el espíritu y la misión de la Universidad, encontró la generación que ha hecho nuestra guerra a las órdenes de Franco, el panorama de nuestro mundo universitario. Una de las tareas que apremiaba por eso a nuestra juventud combatiente, era la de llevar el espíritu de nuestra Cruzada al plano de la Universidad. Era preciso afrontar un problema doble: de una parte, la Universidad española no podía ser neutra en el orden de las ideas. Tenía que definirse ideológicamente y confesar que estaba dentro o fuera de la concepción cristiana del mundo y de la vida. Por otro lado, la Universidad no era tampoco un ente intemporal

que pudiese estar situado al margen del movimiento político que aspiraba a cambiar de raíz la vida y la estructura de la Patria. Había, pues, que definir el estilo de la Universidad en función de dos postulados trascendentes: lo religioso y lo político.

Importaba, además, que la Universidad española dejase de ser un simple instrumento transmisor de ciencia. La elaboración de la verdad científica; su incorporación en el sistema de la cultura general; la educación moral de la juventud, eran ya, en el siglo XIX, ideales que se definían como metas a las que la Universidad aspiraba a llegar. La inestabilidad de la política democrática fué causa de que este afán quedase en todos los casos inlogrado.

Pero España trabaja hoy con una visión de permanencia y lejanía, que la hace sentirse más responsable cada vez de sus propios actos.

Para los que no consideramos nuestro Movimiento como un período de interinidad, sino como uno de los momentos más fundamentales de la Historia patria, en el que el destino futuro ha de definirse con el fuerte trazo de la más inexorable permanencia histórica, el crear para la Universidad una nueva estructura es tarea apremiante e insoslayable.

La presencia de la Ley Universitaria en las Cortes Españolas es índice exacto de esta realidad. España está próxima a definir las líneas generales que dibujarán el cuadro de nuestra Universidad. Y, dentro de ellas, ya no volveremos a encontrar el formulismo frío de las viejas legislaciones democráticas, ni la falsa apariencia de neutralidad espiritual bajo la que se encubría el laicismo docente de la democracia. No. A partir de ahora, España, al definir a su Universidad, lo hará, no de espaldas a la vida social que nuestro Movimiento político ha elaborado, sino cara a cara, con la realidad de una generación militante, que se siente adscrita a la tremenda empresa de salvar el tesoro de un glorioso patrimonio espiritual: la historia de un pueblo y el espíritu de una raza.



# SAN ISIDORO Y LA CULTURA

Por JOSÉ IBÁÑEZ MARTÍN

**E**N un instante preciso de la Historia de España, cuando el mundo antiguo se derrumbaba bajo una oleada de barbarie para dar paso a una era nueva de milagrosa resurrección, un Obispo español pudo haber repetido con justicia estas palabras bíblicas: «Yo deseé la inteligencia y me fué concedida. Invoqué del Señor el espíritu de sabiduría, y se me dió. Y la preferí a los reinos y tronos, y en su comparación tuve por nada las riquezas, ni parangoné con ella las piedras preciosas. Porque todo el oro respecto a ella no es más que una menuda arena, y a su vista la plata valdrá menos que el barro.» Este Obispo español, caballero andante de la cultura, primer educador del espíritu hispánico, se llamaba San Isidoro.

Nadie como él podría con más razón hacer suyas las palabras del Libro de la Sabiduría. Porque San Isidoro fué, ante todo, el símbolo de una época histórica y el exponente de su altura científica.

Para quienes la cultura no es sino el sistema de convicciones últimas sobre la vida y su destino, es decir, lo que se cree con definitiva y radical fe en el mundo, San Isidoro fué el hombre excepcional que supo ver la arquitectura espiritual del siglo en que vivía, y trató de definir el contorno que le rodeaba, fijando los puntos cardinales en que debía orientarse el pensamiento de su pueblo.

San Isidoro no era el cuerpo que ha encontrado su sombra.

---

NOTA.—Discurso pronunciado por el excelentísimo señor Ministro de Educación Nacional, en memoria de San Isidoro. León, junio de 1943.

Sino la sombra que ha descubierto su propio cuerpo. El era la huella de aquella terrible realidad conceptual, ideológica y científica, que le había precedido en el transcurso de la Historia. No quiso ser creador de nada, sino reflejo de todo. El sabía que cuando su vida se apagase como una leve nube de humo que se desvaneciese en el espacio, quedaría vivo y en pie el inmortal edificio de su obra.

### SAN ISIDORO, ATADURA DE SIGLOS

Entre dos épocas irreconciliables, como una roca altiva que se irguiese en el estrecho cruce de dos océanos durante la más impetuosa tempestad, apareció en el paisaje histórico de España la figura del Obispo hispalense.

No podía San Isidoro inventar doctrinas ni crear nuevos sistemas. Como el que se ve de pronto sumido en el vértice de un torbellino, él se encontró «colocado entre una sociedad agonizante y moribunda, y otra todavía infantil y semisalvaje, pobre de artes y de toda ciencia, y afeada, además, con toda suerte de escorias y herrumbres bárbaras». Su empresa entonces no podía cifrarse más que en transmitir a la segunda la herencia que recibiese de la primera.

La época en que San Isidoro aparece en el escenario de España es un período de transición, de cambio en el destino de la Historia. No procede por saltos la Naturaleza ni hay rupturas ni soluciones de continuidad en la ruta que a través de los siglos recorren los pueblos. Pero la evolución, el avance progresivo de las culturas, se opera, a veces, a merced de las más hondas y turbadoras conmociones sociales. Estos son los momentos en que la Historia tuerce y rectifica su curso para improvisar un derrotero insospechado, en el que la idea del futuro, o la suerte y la esperanza del porvenir, son como la superficie limpia e inédita de un mar que permaneciese aún virgen e intáctil a la caricia de la primera nave.

En cada uno de estos supremos virajes de la Historia, la Providencia ha querido disponer que nada se pierda absolutamente



en los cataclismos políticos o en las devastaciones espirituales de la guerra. Un ritmo silencioso, implacable, universal y eterno, da continuidad a la vida sobresaltada y enloquecida del mundo. La Humanidad cree inventar cada minuto una vida nueva, pero su pulso se mide con el mismo compás inexorable con que latía hace diez siglos y con el que vibrará en las lejanas centurias del porvenir.

Pero sólo a algunas figuras excepcionales, a determinados personajes con categoría de predestinados o elegidos les concede Dios el don supremo de servir de enlace y soldadura entre dos épocas contradictorias.

Cuando surge la figura de San Isidoro, España ofrecía un amargo espectáculo de desolación. «Todo está en ruinas —decían unos versos anónimos, conservados a través de los siglos milagrosamente—. El que poseía cien bueyes no tiene ahora más que dos; el que iba a caballo tiene que andar a pie; los campos y las ciudades han cambiado de aspecto. El género humano perece por el hierro, por el fuego, por el hambre y por todas las calamidades al mismo tiempo. La paz ha huído de la tierra.»

#### LA CULTURA CONTRA LA RUINA DE LOS PUEBLOS

Cuando la paz huye de la tierra es que un mundo está a punto de perecer para dar paso a una forma de vida imprevista, desconocida y sugeridora de la más terrible inquietud. En ese instante, una sola cosa puede dar continuidad, permanencia y equilibrio a la Historia. Cuando todo ritmo ha sido quebrantado, una sola fuente puede alumbrar de nuevo esa armonía. Cuando la norma, el orden, la unidad se derrumban, un único resorte puede salvar de ellos el rescoldo más vivo y más fecundo. Cuando un pueblo, en fin, parece haber roto las gloriosas ataduras de historia y tradición que le ligaban con su propio pasado, hay siempre un secreto camino por el que la ponderación de la vida se recupera y por el que la unidad se restablece y el orden puede instaurarse de nuevo. Este misterioso derrotero por el que los pueblos se salvan de su propia barbarie, es el que conduce al imperio de la cultura.

No era extraña a la mente lúcida de San Isidoro la enorme fuerza de esta verdad. Comprendió el Santo el papel que por designio divino le correspondía servir en una época transicional para la Historia de su Patria. Y ofreció al cultivo de la ciencia la consagración generosa de toda su vida, como sacrificio votivo en amor y por causa de España.

#### **LA IGLESIA, DEPOSITARIA DEL SABER**

Una lección transcendente nos depara el siglo VII de nuestra Historia. Cuando surge San Isidoro como asombrosa suma enciclopédica del saber de todos los siglos que le precedieron, la Iglesia católica es casi la única depositaria del fervor científico y de la preocupación intelectual. Comparte en menor grado con ella la corona, la vocación del arte en su forma más balbuciente. Pero el pueblo permanece sordo y ciego a toda esta suerte de inquietudes que se elaboran en el plano de la inteligencia. El pueblo visigodo es el pueblo de la eterna rebeldía hispánica, inestable y descontentadizo, guerrero y pasional; fácil para las grandes empresas —a veces terribles y decisivas—, que se resuelven en una hora, pero enemigo de admitir un cauce que contenga sus bríos o tolerar que un límite de años aplase su sed cotidiana de éxitos y laureles.

La cultura era ya desvelo y misión de un grupo selecto. Los nombres de Idacio, Paulo Orosio y Juan de Viçlara, el de los Obispos Masona y Tajón, el de Santo Toribio de Astorga, San Martín de Braga, San Ildefonso y San Julián, nos confirman la noble empresa de aquel grupo heroico que levantaban en el ámbito religioso bastiones gloriosos de combate, contra las oleadas del error y las terribles devastaciones de la herejía.

He aquí la experiencia que nos legó la época militante de San Isidoro. Que mientras se intentaba defender la unidad de la Iglesia de Cristo contra la bárbara influencia del llamado crimen de magia del priscilianismo o del arrianismo, a la vez que se mantenía en firme o incólume la verdad católica, se alumbraban nuevos manantiales de conocimiento al saber humano y se engrandecía así la raíz y la dimensión de la cultura nacional.

### **EL FIN DE LA CIENCIA**

No es inútil que reiteremos una vez más este pensamiento. Para todos los que trabajamos con un afán saturado de profundo fervor español por alcanzar para nuestra Patria el más alto nivel intelectual y científico, parecen pronunciadas hace veinte siglos sobre el paisaje ardiente de la dulce Galilea, estas admirables palabras: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura.» Nosotros, los que nos movemos en el plano del espíritu en busca incansable de la fuente única y originaria de la Verdad, tenemos que volver nuestra mirada a la época de San Isidoro y comprobar que la grandeza científica alcanzada por la obra del Obispo hispalense, está justificada por el fin sobrenatural que inspiró —alentándola y encendiéndola— toda la obra prodigiosa del Santo. Sólo el aliento de este fin trascendente puede dignificar y ennoblecer la obra del espíritu. Que si la inteligencia no sabe rendir homenaje sin reservas a la idea de Dios, es que el alma del hombre está muy próxima al abismo de la rebeldía.

### **CONSIGNAS AL INVESTIGADOR**

San Isidoro es precisamente por esta cualidad patrono y guía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Su ejemplo ha de ser, para el que sienta dentro de su espíritu una fuerte vocación investigadora, el símbolo de cómo el científico o el estudioso han de jerarquizar los valores, en cuya función ordena su trabajo y su esfuerzo. Por eso tiene hoy la ciencia española un alto sentido teológico. Queremos que ella nos sirva para el hallazgo de la Verdad Suprema, y a este fin último, subordinaremos el auge alentador que ya se acusa vigorosamente en nuestro vasto mundo intelectual.

Por eso digo que el Consejo Superior de Investigaciones no se ha situado al azar bajo la advocación del egregio Obispo sevillano. Las mismas palabras que San Leandro pronunciara al consagrar a su tierno hermano —adolescente aún— y tonsurar sus cabellos, son para el científico español un código de la más

indeclinable ética profesional: «Sea de vida laudable —decía San Leandro—. Sea sobrio y humilde. Sea veraz en la ciencia. Sea ortodoxo en la doctrina y tenga en el trabajo solicitud.»

He aquí señores, en boca de un Santo español del siglo VII, las consignas para unos hombres que en pleno siglo XX han cargado sobre sí la tarea inconmensurable de restaurar la unidad de las ciencias y hacer de la cultura instrumento precioso de nuestro codiciado resurgir nacional.

Para los que militáis en los cuadros espirituales de combate que constituyen este Consejo Superior de Investigaciones Científicas, aquellas palabras han de tener categoría de imperativo insoslayable. Porque si vuestro trabajo no estuviese alentado por el entusiasmo, si vuestras doctrinas se desviasen del camino de la rectitud, si vuestra ciencia no fuese veraz, sino falsa, y si a ella os hubiéseis consagrado, movidos por el vacío estímulo de la vanidad, España nada tendría que agradeceros, y los siglos del porvenir maldecirían vuestro nombre.

Pero por fortuna, los que, colocados hoy bajo el estímulo de la figura isidoriana, trabajamos sin descanso con el pensamiento clavado en la gloria de nuestra Patria, hemos sabido hacer de las palabras de San Leandro, norma y canon inderogable, entre cuyos preceptos discurre, como sobre el manso lecho de un río, el proceso constante de nuestro desvelo y de nuestro trabajo.

#### UNIDAD EN LA VARIEDAD

La honradez de la ciencia no puede ser un tópico ni un mito. Jerarquizar valores espirituales es nuestro primordial lema. Que la variedad de los conocimientos, la diversificación del estudio, lo múltiple de la investigación, no han de restar unidad al desarrollo de nuestro movimiento científico. Esta es también otra de las eficaces enseñanzas que se deducen de la obra de San Isidoro. Nadie como él, en las *Etimologías*, resumió un campo tan vasto y tan complejo de ideas y doctrinas. Nadie, en efecto, como él, supo tratar «de la disciplina y del arte, de las enseñanzas liberales, de la gramática y la métrica, de la fábula y de la histo-

ria, de la retórica y de la dialéctica, de las ciencias matemáticas y de la música, de la medicina y de las leyes, de las bibliotecas y su régimen, de la disciplina eclesiástica, de la Teología, de la Escritura, de las reglas monacales, de las sectas heréticas y de las supersticiones gentílicas, de las lenguas y de los alfabetos, del mundo y de sus partes, de los átomos y elementos, de los fenómenos meteorológicos, de las piedras y de los metales, del arte militar y de las máquinas de guerra, y, finalmente, de la arquitectura, de la construcción naval, de las artes suntuarias, de los instrumentos domésticos y rústicos y hasta de los vestidos y manjares» (1).

Difícil es pensar que en esta enciclopédica aportación no se perdiese el sentido de la unidad. Y precisamente ésta es la gran experiencia del Santo; que mientras su mente genial recorría todas las ramas y disciplinas del saber humano, en medio de aquel acopio abrumador de datos y enseñanzas, un rígido criterio de armonía que se manifestaba hasta en el rigor metodológico, ponía de relieve el espíritu de orden que inspiró toda la construcción isidoriana. Porque en la síntesis que San Isidoro hace de la civilización y del esplendor de toda una época, su carácter más sobresaliente, la nota más distintiva fué, como nos recuerda Menéndez Pelayo, la armonía, el orden y la unidad.

El valor simbólico que se deriva de este hecho encierra para mí una importancia decisiva. España tiene ahora que poner en orden de combate toda la reserva de su cultura. Durante el siglo del liberalismo, el pensamiento nacional se hizo extranjerizante y demagogo. Restaurado por el genio heroico del Caudillo el sentido de continuidad de nuestra grandeza histórica, se imponía la reedificación de una cultura en ruinas. Para lograrlo, creó Franco este cuerpo militante, fervoroso y encendido de fe española, y de voluntad de servicio que es el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Teníamos que salvar todo lo bueno del pasado y crear un pensamiento joven que iluminase con resplandor in-

(1) Menéndez Pelayo, págs. 115, T. 1º Discursos.

igualable el horizonte del porvenir. Y en este empeño surgen, en el gran árbol de la ciencia española, todos esos frutos del trabajo silencioso y fecundo de nuestros investigadores, en forma de nuevos Patronatos e Institutos, en los que se acusa la vasta difusión de los más diversos conocimientos científicos en las frondosas ramas del saber humano. Pues aquí también — y esto es conveniente que lo escuchen los que sólo nos comprenden a medias —, aquí, la unidad más rigurosa, el orden más exigente, la más deslumbradora armonía, están presidiendo esta admirable variedad en la que se traduce nuestro renacimiento cultural de esta hora.

#### HACIA DIOS POR LA CIENCIA

Entre la ruina científica del pasado y el enigma inquietante del porvenir, surgen hoy con esplendor sorprendente los brotes fecundos de una nueva cultura, como luminosa primavera de flores, sobre un mudo paisaje de ceniza. También ahora parece resolverse una secular civilización y anunciarse otra nueva. Sólo los que por encima de lo contingente, de lo que es caedizo y fugaz, de lo que es corruptible y mudable, se aferren, como marineros en naufragio, a la inmutable doctrina de la verdad, e intenten ganarla a través de la investigación y del estudio por los soberanos caminos del espíritu, esos serán los únicos que verdaderamente no se equivocarán.

Digámoslo una vez más, España es un pueblo teológico y lo será hasta que deje de existir. El español siente el pulso de Dios en el trabado de sus propias venas. Sobre estas tierras duras, leonesas y castellanas, se comprende mejor la tragedia del Gólgota, y uno siente dentro de sí, en la eterna y dramática contienda de las tinieblas contra la luz, la angustia y el dolor de un Cristo humanizado para morir. Por eso, el hombre de ciencia español nunca puede ser un escéptico. Irremediablemente combatirá como un apóstol o como deicida por la causa de la verdad o contra la causa de esa Verdad que hierde su rebeldía indomeñable.

Nuestra cruzada de hoy tiene una nueva victoria que alcan-

zar en este camino: la de conquistar para nuestro credo estas mentes extraviadas por el orgullo del error y hacerlas convertir bajo nuestras banderas, para que cuando los adversarios de la gloria de España rindan, por fin, sus armas desgastadas en la inutilidad de la porfía, nosotros podamos grabar, como los caballeros medievales grababan en su escudo un mote evocador de sus victorias, estas palabras, con las que España habrá de resumir el duelo a muerte que desde un glorioso amanecer de julio ha venido sosteniendo como porta-estandarte de la Fe: «¡ Con Franco para España y por la ciencia, hacia el imperio inacabable de Dios!»

#### **EDUCACION NACIONAL Y PATRIOTISMO**

Mas no sólo como asombrosa capacidad compiladora nos deslumbra la figura del Santo hispalense, que no fuera acabada la obra de San Isidoro si no hubiese sabido ser a la vez que erudito insigne educador excepcional. Deleita el ánimo recordar aquella noble estampa del Obispo sevillano, conforme nos la reviven las viejas miniaturas, sentado en un sencillo taburete y en su contorno, una fila de niños que, reclinados en el suelo o sobre rubios montones de paja, aprenden de los labios pacientes del Santo las letras del abecedario. Allí les enseñaba San Isidoro también a cantar. El quería que sus jóvenes discípulos aprendiesen en los «cantares de gesta las hazañas de sus mayores, a fin de despertar en ellos el noble deseo de la gloria».

¡ Admirable ambición la de San Isidoro! El mismo predicaba con su ejemplo el deber ineludible de la educación. El mismo pregonaba con su verbo fecundísimo y arrebatador las glorias de la Patria, quemándose el espíritu en un apasionado fuego de amor irrefrenable hacia España. Dificilmente en la Historia se encuentra un personaje igual, en el que se den, tan vivas y destacadas, las virtudes raciales de nuestro pueblo. Y es que San Isidoro sabía que era estéril la enseñanza e inútil todo aprendizaje cuando el maestro y el discípulo no están hermanados por la fe de un ardiente y enardecido patriotismo.

Si España tuvo cortejadores que no la escatimaron la lisonja, San Isidoro fué como un ingenuo enamorado de su Patria, a la que dirigió los más dulces requiebros de un amante, a quien la pasión incontenible de su espíritu le brota en torrente de elogios a los labios. Y así, la apasionada apología que sobre esta bendita tierra de España nos legaran las *Cantigas del Rey Sabio* o el *Poema de Fernán González*, no son sino la glosa del canto exaltado y luminoso con que el Obispo sevillano quiso pintar los colores, la abundancia y la belleza de nuestra Patria incomparable.

Hasta en esto tenemos todos que desear sentirnos sus imitadores. Porque cuando la ciencia no se siembra con un íntimo fervor nacional, la semilla, como la del mal sembrador del Evangelio, o la arrastran las aguas del olvido o se la lleva irremediablemente el viento.

Por eso nosotros, que no consentiremos —como falangistas y como españoles— que se malogre la sembradura espiritual de esta hora de España, queremos, ante los restos mortales del egregio San Isidoro, sellar con un solemne juramento de fidelidad a su ejemplo, nuestra consagración al servicio de la Patria y nuestra entrega absoluta al ideal hispánico del resurgimiento de nuestra cultura.

Ante la tumba del inmortal Obispo sevillano, en este dramático instante en que el mundo se estremece bajo el azote cruel de la más terrible de las guerras que ha padecido la Humanidad; al reiterar nuestra fe en la obra imperecedera de la inteligencia y del espíritu; cuando se pone por meta del trabajo cotidiano la aspiración suprema de la virtud y el bien, quiero hoy repetir aquellas palabras que San Leandro —hermano, maestro, guía y consejero de San Isidoro— pronunciara ante el espectáculo del mundo hace ya trece siglos: «El orgullo ha dividido las razas y los hombres. Es preciso que vengan a unirlos la caridad y el amor.»



# TRIPTICO ROMANO EN LAS CIFRAS DE UN SEGUNDO MILENARIO

Por LUIS ARAUJO-COSTA

**E**L año 43 antes de Jesucristo, 710 de la fundación de Roma, ve morir a Cicerón y nacer a Ovidio. En los Idus de marzo del 44 los conjurados dan muerte a Julio César. La aritmética no abona la exactitud del bimilenario. Los años anteriores a nuestra Era se cuentan al revés, y así el bimilenario de Virgilio, que nació el 70, se celebró en el mundo sabio el 30, y ahora mismo se solemnizan los dos mil años de Tito Livio, que vino al mundo el 59. Me ha parecido, no obstante, que en cuestiones cronológicas, sobre todo cuando se manejan cantidades crecidas, muy bien se puede dar de lado a la exactitud y cabe entrar en el reino de lo aproximado en gracia a la claridad de los números redondos, iguales para una fecha y para otra, y también con el ejemplo de la liturgia, que llama de Septuagésima al domingo que, conforme a su denominación, debería distar de la Pascua setenta días, y en rigor contando uno, dos, tres, sólo son sesenta y cuatro. Y es que el número redondo aproximado da más idea de las cosas que el número exacto, el cual muchas veces llega a ser ridículo. Dígalo el caso de una suma que consigna varios millones de pesetas y acaba, verbi gracia, con nueve mil ciento setenta y dos con treinta y cinco. ¿No estaría más en razón despreciar los céntimos, los siete duros, la centena y hasta las nueve mil pesetas? Los liturgistas están aquí más acertados que los expertos en contabilidad. Del mismo modo nadie dice que el año tiene trescientos sesenta y cinco días, cinco horas, cuarenta y ocho minutos y cuarenta y

nueve segundos. Se limitan todos a expresar el número de días. Ya se ocuparon de adaptar la exactitud a la realidad Julio César, y, andando los siglos, el Papa Gregorio XIII en sus respectivas correcciones del Calendario. El metro es la diezmillonésima parte de un cuadrante del meridiano terrestre. Y ello se expresa, asimismo, en términos aproximados, no exactos. La exactitud no es cosa de este mundo. Ahí está el valor de *pi* o razón de la circunferencia al diámetro, que se expresa diciendo 3,141592, y aún se sigue aproximando por decimales y no se acaba nunca. No es cosa de multiplicar los ejemplos. Si la liturgia procede por números redondos y no aproximados, ¿por qué no hemos de seguir la misma pauta al exaltar tres figuras de autores latinos, que en rigor no han menester de ocasión cronológica para ser en todo momento reverenciados? El 43 es el año de Cicerón y de Ovidio; el 44, el de Julio César. Y como el cultivo de las humanidades clásicas es el mejor alimento del espíritu y de la cultura, que el régimen glorioso de España ha llevado ahora al puesto de honor que la justicia y la razón de intelectualidad y de gusto demandan, he aquí que no está de más ni viene como traído por los cabellos el que se consagren unas cuantas páginas de la REVISTA a Cicerón, a Ovidio y a Julio César por el orden del enunciado numeral y no el de la cronología rigurosa, es decir, tratando primero de Ovidio, que le corresponde el 43, aunque sea el de su nacimiento y el poeta no tenga contemporaneidad con los otros dos, y reservando para el 44 al autor de la *Guerra de las Galias*.

## I

## C I C E R O N

*La Roma de su tiempo.*—Marco Tulio Cicerón nació el año 106 antes de J. C. 647 de la fundación de Roma. Es la fecha en que Mario incorpora una gran parte de la Numidia al poder romano al finalizar la guerra de Yugurta, contada por Salustio.

La niñez del futuro orador presencia la guerra de los cimbrios y teutones. Mario es elegido Cónsul por quinta vez. Puesto al frente de los ejércitos, triunfa de los primeros en lo que hoy se llama la Provenza y en la estación balnearia de Aix, y de los segundos, en la ciudad de Italia, Vercelli. Roma recibe a Mario con todos los honores del triunfo. Se le da el sexto Consulado y se le aclama como tercer fundador de Roma. Es el año 101. El 90 surge la guerra social o de los aliados. Sabido es que el tribuno Livio Druso quiso conciliar todos los intereses y otorgar a los italianos el derecho de ciudadanía; al pueblo, la creación de colonias; al orden ecuestre, trescientas senadurías; a los patricios, la restitución de sus funciones judiciales. El asesinato de Livio Druso provocó la guerra social así denominada por los *socii* o confederados. Los pueblos de Italia constituyeron un nuevo Estado con su Senado y sus magistraturas, al igual de Roma. Fué la capital Corfinio. Sila terminó la guerra, después de sangrientos combates, y los aliados obtuvieron, al fin, los derechos que reclamaban. Es el año 88. Las revueltas a que da motivo la rivalidad de Mario y Sila, la expedición de este último contra Mitridates del Ponto, la guerra entre el partido popular y el aristocrático (respectivamente representados por el vencedor de los cimbrios y el vencedor de Mitridates), la dictadura de Sila del 82 al 79, la persecución de Mario por los campos de Minturno, su muerte el 86, después de haber vuelto a Roma desde Cartago, llamado por el Cónsul Cinna; la abdicación de Sila y su muerte en Cumas de Campania el 78, forman el tejido de acontecimientos principales en que se desarrolla la adolescencia y la juventud de Cicerón.

El, desde sus años mozos, interviene en la vida pública. Se levanta la estrella de Pompeyo. Presencia España el poder y la guerra de Sertorio, que cae asesinado por Perpenna el 71. Triunfa el nuevo jefe del partido aristocrático en la guerra de los esclavos de Espartaco. Se corona de gloria al vencer a Mitridates y a los piratas del Mare Nostrum. Somete a Roma España, Siria y extensos territorios del Asia. Llega el 63. Cicerón denuncia ante el

Senado la tercera conjuración de Catilina, que él conoce por confidencias de la cortesana Fulvia. El conspirador tiene que abandonar la ciudad de las siete colinas, y aunque trata de abandonar Italia, es vencido en Pistoya por Marco Antonio. Tenía por fin la conjura derrocar la República y alcanzar Catilina el poder absoluto. Le ayudaron César y Craso, que a los dos años tienen otra vez la fortuna de cara y forman, con Pompeyo, el primer triunvirato el 60. Después de abortada la conjuración de Catilina, gracias a Cicerón, recibe éste los títulos de Padre de la Patria y cuarto fundador de Roma. Cayo Salustio Crispo, historiador de la guerra de Yugurta, lo es también de la conjuración de Catilina. Ambas historias fueron traducidas al castellano, en bellísima edición, por el Infante don Gabriel, hijo de Carlos III.

Julio César representa al partido popular desde la muerte de Mario. Es la guerra de las Galias del 59 al 50. Es la muerte de Craso en Oriente, con el episodio de la cabeza cortada, que se envía a Orodes I, Rey de los partos, el cual llena la boca de oro para simbolizar la avidez de riquezas del vencido, diciéndole al mismo tiempo: ¡«hártate de oro»!, en forma semejante a la trágica anécdota de Tomiris y Ciro. Es la rivalidad de César y Pompeyo. Es la guerra civil del 49, con el paso del Rubicón. Es Farsalia, el 48. Es la guerra contra Tolomeo XII de Egipto y los amores de César y Cleopatra. Es el triunfo sobre Farnaces, hijo de Mitrídates, con las famosas palabras de César al Senado: *Veni, vidi, vici*. Es la victoria de Tapso en Africa sobre los partidarios del régimen republicano, con el suicidio subsiguiente de Catón de Utica, el 46. Es la batalla de Munda, en España, el 45. Es la apoteosis de Julio César, dictador perpetuo de Roma, hasta que cae en el Senado, víctima de los puñales asesinos de Bruto y Casio en los Idus de marzo del 44. Es el poder de Marco Antonio, que el 43 forma el segundo triunvirato con Lépido y con Octavio, nieto de Julia, hermana de César y a la vez hijo adoptivo y heredero del último dictador. Ha de ser el primer Emperador de Roma con el nombre de Augusto.

Muy a la ligera he ido apuntando los sucesos principales de

la historia de Roma en los sesenta y tres años a que alcanza la vida de Cicerón. Era necesario, aun a trueque de amontonar los hechos sin cohesión, como quien arroja al suelo desde una puerta cascote, porque sin recordar en una sinopsis el cúmulo de intrigas en que vive por aquellas fechas la Señora del Mundo, sin interrumpir por ello sus conquistas en el exterior y la robustez de su Imperio, es difícil darse buena cuenta de lo que significa Cicerón en el cúmulo de tantas ambiciones y vicisitudes, y sería luego difícil formar juicio de su persona y de su labor como político y como sabio. Además, todos los acontecimientos amontonados líneas arriba, sólo a modo de recuerdo, constituyen un fondo de clásica cultura, que todos hemos recibido en la formación de nuestros primeros años y que no cabe olvidar en su esencia sin agravio a la propia dignidad mental y sin vernos de repente incapacitados para penetrar por los vergeles de la historia, el arte, las letras, la poesía y el mismo comercio y relación con las personas cultas. Son temas de instrucción elemental de los que modelan y nutren el entendimiento, la memoria y el dominio del propio ser. La amnesia en este caso es signo de profunda debilidad espiritual.

*La vida de Cicerón.*—La gens Tulia era una antigua familia del orden ecuestre. Los caballeros vienen a representar en las clases sociales de Roma a los hidalgos de la época moderna, es decir, el último grado de los nobles. El padre de Marco Tulio tenía una posición económica desahogada, sin llegar a la riqueza. En su quinta de Arpinas, en el Lacio, donde Mario había venido al mundo, nació Cicerón el 3 de enero del 106 antes de J. C. Tuvo un hermano menor que él, de nombre Quinto, y los dos fueron educados en el ambiente de amor a las letras connatural y habitual al padre. Al llegar a la edad de los estudios, la familia pasó de Arpinas a Roma, y allí los dos hermanos siguieron las explicaciones de los maestros más célebres de entonces, entre ellos, el poeta Arquias de Antioquía. Después de haber vestido la toga viril el año 91, el joven Marco Tulio estudió con Quinto Mucio

Scévola, y durante la guerra social o de los aliados, con Fedro el Epicúreo; Filón, el jefe de la Nueva Academia; Diodoto, el Estoico y Molon de Rodas. También fué soldado. Sirvió a las órdenes del padre de Pompeyo en la contienda a que dió motivo el asesinato de Livio Druso. Su primer discurso de abogado, que se conserva todavía, es del 85. Tenía él veintiún años. Es una defensa de Publio Quintio. Al año siguiente defendió a Sixto Roscio de Amedia, acusado de parricidio por Crisógono, el liberto favorito de Sila. El 79 pasó a Grecia para huir de una posible venganza del vencedor de Mario, a quien había ofendido, y al mismo tiempo para reponer su salud y completar sus estudios. En Atenas se hizo amigo de Pomponio Atico, amistad que duró toda la existencia del orador romano. Atico era tres años mayor que Cicerón y pertenecía a su misma clase social, al orden ecuestre. A él va dirigida una buena parte de las famosas *Cartas*, de Marco Tulio. Atico se suicidó el 32, once años después de muerto su ilustre amigo. Dejóse morir de hambre porque no veía curación posible a cierta enfermedad que le atormentaba.

En Rodas volvió el compatriota de Mario a ser discípulo de Molon. El 77 vuelve a Roma. El foro reconoce en él, desde el principio, a uno de los más grandes oradores. El *cursus honorum* ábrese a su ambición desmedida. Se le confieren los empleos más altos del Estado. El 75 es cuestor en Sicilia. Vuelve a Roma y emplea en la práctica de la abogacía los años siguientes. El 70, los sicilianos, recordando los excelentes servicios de su cuestura, le encargan la acusación del Pretor Verres, convencido de concusionario. Las oraciones forenses de este proceso se conocen con el título de *Verrinas*. El 69 es edil curul. El 66 se le nombra Pretor, y mientras desempeña el cargo defiende a Cruentio en un discurso que ha llegado a nosotros y pronuncia su célebre arenga en favor de la Ley Manilia, que confiere a Pompeyo el mando de la guerra contra Mitrídates. Dos años más tarde llega a la meta de sus anhelos: el Consulado. Fué Cónsul en unión de Cayo Antonio. Llegáronle las funciones consulares en las Calendas de

enero del 63. Abandona entonces el partido popular para aliarse con el aristocrático. Surge la conjuración de Catilina. Cicerón la descubre y la deja sin efecto gracias a su energía. Recibe a consecuencia de su actitud los más elevados honores de la República. Se le nombra Padre de la Patria, cuarto fundador de Roma; se dirigen *suplicaciones* en su nombre a los dioses inmortales. Al abandonar el Consulado tiene que luchar contra el partido popular y muy especialmente contra los amigos de los conspiradores. Clodio, para vengarse de Cicerón, propuso una ley de destierro contra quienes aparecieran convencidos de haber hecho matar a un ciudadano romano sin sentencia de un Tribunal de derecho. Abandonado por los triunviros César, Pompeyo y Craso, pasa a Grecia, y allí se abandona a la desesperación. Sus amigos de Roma consiguen levantarle el destierro el 55. Se retira de la vida pública. El 52 marcha a Oriente como Gobernador de Cilicia. Vuelve a Italia a fines del 50. El 4 de enero del 49 se halla a las puertas de Roma. Se va a declarar la guerra civil entre César y Pompeyo. Cicerón, después de largas vacilaciones, abraza la causa del vencedor de Mitrídates, jefe del partido aristocrático. El 48, en la batalla de Farsalia, queda derrotado Pompeyo. Pero César admira y respeta la sabiduría de Cicerón, y le permite entrar en Roma. Retírase el orador a la vida privada y compone por aquellos años la mayor parte de sus escritos de filosofía y retórica. La muerte de César, el 15 de marzo del 44, le trae de nuevo a las luchas de la política. Pónese a la cabeza del partido republicano, y en las *Filípicas* ataca a Marco Antonio con violencia. El 27 de noviembre del 43 se forma el segundo triunvirato de Octavio, Antonio y Lépido. El nombre de Cicerón figura en la lista de los proscritos. Trata de huir y es sorprendido por los soldados cerca de Formio. Sus esclavos se hallan dispuestos a dar su vida por defender la de su señor, pero Cicerón ofrece su garganta a los ejecutores de la justicia de Antonio. Era el 7 de diciembre del 43. La cabeza y la mano derecha cortadas se enviaron a Roma, y allí, por orden del futuro amante de Cleopa-

tra, se colocó la cabeza en la tribuna de las arengas, que llamaban los Rostros, precisamente al lado de la cabeza de Verres, el Pretor concusionario de Sicilia, a quien Cicerón había acusado en siete discursos treinta y tres años atrás. Fulvia, la mujer del triunviro —lleva el mismo nombre de la cortesana que había denunciado la conjuración de Catilina, aunque nada tiene de común con ella—, pica con un punzón de oro la lengua que tan bellas palabras había pronunciado durante medio siglo de la historia de Roma, haciendo del habla una joya de subido valor.

Cicerón se casó tres veces. Terencia, de la que tuvo a Tulia y a Marco Tulio, fué repudiada para casarse el esposo con Publilia, que era su pupila y de quien Cicerón ambicionaba las riquezas. Divorciado de Publilia, vuelve a casar Cicerón con Sempronía. Un hijo de su hermano Quinto Tulio ha contraído matrimonio con Pomponia, hermana de Atico. El sobrino perece también el 43, víctima de las proscripciones. El hijo único de Cicerón, que lleva su completa onomástica idéntica a la de su padre, llega a ser Cónsul con Octavio, y a él se le comunica en su cargo oficial la captura de la flota de Antonio en el combate de Accio y la muerte inmediata del triunviro. Las coincidencias no escasean en la Historia. La cabeza del orador inmortal se ofrece en los Rostros, junto a la de Verres. El hijo recibe la noticia de haber sido vencido y muerto el enemigo encarnizado del soberbio orador. La muerte de Tulia, el 45, fué la mayor desventura en la vida de Cicerón.

El libro clásico de los tiempos modernos para conocer la figura, la biografía, el medio social, la familia y los amigos y enemigos de Cicerón es el publicado en Londres en 1741 por Conyès Middleton: *The history of life of Marco Tulio Cicero*. La vida del autor va del 1697 al 1763. En 1743 lo tradujo al francés el famoso abate Prévost, autor de *Manon Lescaut*. En 1790 lo dió a las prensas en nuestro idioma el no menos renombrado don José Nicolás de Azara, Marqués de Nibiano (1730-1804). De gran utilidad es, asimismo, el *Cicerón y sus amigos*, sacado de molde en 1865 por el francés Gaston Boissier. Otros estudios críticos,



muy numerosos en la nutridísima bibliografía de Cicerón, suelen tener carácter filológico y técnico. No piden enumeración, ni muchísimo menos análisis, en un artículo de índole conmemorativa y divulgadora.

*Las obras de Cicerón.*—Para formar el catálogo completo, metódico, sistemático, de las producciones compuestas por el magno orador de Roma llegadas a nosotros, han empezado los sabios por clasificar, compulsar, analizar y someter a rigurosa exégesis los manuscritos que las contenían. A partir del Renacimiento y la invención de la imprenta, se multiplican las ediciones en todos los países. Se vierten los distintos tratados a las lenguas modernas hoy en uso. Nuevo trabajo de clasificación y revisión. Una vez fijo el catálogo de obras indubitables, de las que se tienen certeza que han salido del númen y de la ciencia bien probada de Cicerón, viene el cuidado de clasificarlas por asuntos. El canon ciceroniano se complica con divisiones y subdivisiones. Cuatro grandes apartados o subclaves de cuadros sinópticos se ofrecen al campo de nuestra visión: 1º *Obras de retórica*. Bajo esta categoría han llegado a nosotros siete tratados. El más importante de ellos es el intitulado *Del orador*, en siete libros. Lo escribió a instancias de su hermano Quinto. 2º *Obras de filosofía*. Hay aquí filosofía política, moral, especulativa y teológica. Al primer grupo pertenecen la *República* y las *Leyes*. Al segundo, el tratado *De los deberes* y también los dos *Diálogos de la senectud* y la *Amistad*. Al tercero, el tratado *De los fines*, *Las investigaciones acerca del soberano bien*, en cinco libros; los *Tusculanos*, en cinco libros también. En el *Tratado de los fines* da la anécdota de Polícrates de Samos, que toma de Herodoto. Es una prueba curiosa, entre muchas, de los cambios de la fortuna. Un tratado de filosofía teológica es el *De la naturaleza de los dioses*, en tres libros, donde se exponen las ideas de los antiguos sobre el ser supremo y continúa con otros dos libros, tratando de la *Adivinación*. Los *Discursos*, en número de cincuenta y seis, se dividen en políticos y forenses, sin que se vea una diferencia bien marcada entre unos

y otros, porque en el estado social de Roma, cuando Cicerón asombraba a las gentes con la magia de su elocuencia, más que el asunto en sí entraban en consideración el partido político del acusado y las opiniones del acusador o defensor acerca de las mil intrigas que se urdían en Roma y de las que son ejemplo, en tono mayor, la rivalidad de Mario y Sila, la conjuración de Catilina, la guerra civil de César y Pompeyo.

El cuarto y último de los grandes apartados en las obras de Cicerón son las *Cartas*, en número de 864, clasificadas a su vez en varios subgrupos, según la persona a quien van dirigidas.

Cicerón es un orador, es un retórico, esto es, un teórico de la elocuencia, que le tiene en lo especulativo y en lo práctico por el maestro primero y más autorizado de todos los siglos. Es, además, un político en un régimen democrático y de desorden que se trata de corregir primero con la dictadura de Sila, años más tarde con la de César y que, por fin, desemboca en el siglo de Augusto con el Imperio, que Cicerón no llega a conocer, y al que, sin duda, hubiérase afiliado de prolongarse su vida, porque era patriota y comprendía las necesidades y la grandeza de su pueblo en el dominio del mundo bajo proporciones que Alejandro el Macedón tal vez no llegó a sospechar. Más todavía, Cicerón es un filósofo, un historiador, un erudito en numerosas disciplinas. Más que por las *Biografías*, de Diógenes Laercio, compuestas en el siglo II de nuestra Era, sabemos de los filósofos griegos por los escritos de Cicerón. Después de la batalla de Farsalia y de haber obtenido la gracia, la amistad y la admiración de César, el padre de la Patria y cuarto fundador de Roma, a raíz de haber hecho fracasar la conjuración de Catilina, se retira a sus posesiones de Túscolo, que hoy se llama Frascati y es sede de uno de los seis Obispos suburbicarios de Roma. Allí ha muerto su hija Tulia, que tuvo tres maridos: Calpurnio Pisón, Frugi Furio Crisipo y Cornelio Dolabella. Allí, alejado de las ambiciones y vanidades de la vida política, se entrega a la lectura de los filósofos y compone los *Tusculanos*, que, con las *Académicas*, constituyen la aportación más valiosa del pensamiento heleno a la cultura romana. Cicerón

conoce desde sus años mozos toda la cultura de Grecia. De Tales de Mileto a las nuevas manifestaciones de la Academia, con la base y la influencia de Platón, ¿cuál será la escuela, la doctrina, la disputa, la consecuencia teórica o práctica de los antiguos filósofos que Cicerón haya dejado de conocer y comentar? El no es autor de ningún sistema, pero la exposición acertada de todos ellos, ¿en quién cobra mayor brío sino es en sus escritos, cuando se traen a examen los expositores de la antigüedad? El nos dice lo que eran los epicúreos y los estoicos, los académicos y el peripato. Su tratado *De la República* es una imitación de los *Diálogos* platónicos. Hasta el descubrimiento del Cardenal jesuita Angelo Mai en 1814 no se conocía de esta obra sino el *Sueño de Escipión*, conservado por Macrobio. El códice que daba a conocer este tratado ciceroniano era un palimpsesto, cuya segunda escritura a la vista contenía unos comentarios a San Agustín. La *República* ofrece forma dialogada. Sus interlocutores hablan de la constitución del poder y del gobierno años antes de haber intentado los Gracos una revolución social. A Cicerón le inspira aquí el filósofo de la primera Academia que platica con sus escolares junto a las aguas del Iliso. Marco Tulio continúa la trayectoria iniciada por Panecio y Polibio. Tiene el acierto, el buen juicio y el buen gusto de inclinarse ante Zenón del Pórtico con preferencia a Epicuro y de seguir a Aristóteles en algo que le interesaba como orador y retórico. Con el mismo título de un tratado didáctico del sabio de Estagira, maestro de Alejandro, Cicerón ha compuesto sus *Tópicos*, código práctico muy útil para abogados y oradores.

Difícil es determinar lo que fué Cicerón como filósofo. Aquí surge una palabra moderna: eclecticismo. Más que a la fe y a la integridad de nuestro ser hacia un destino sobrenatural, responde el pensar ciceroniano a un refinamiento de espíritu que acusa, en no corta escala, al diletante y que se resuelve en una síntesis de armonía, no lejos de la música de las esferas de Pitágoras y más cerca de Cousin que de la triada tan famosa de Hegel. Cicerón es un filósofo de la vida. Túsculo compite con los jardines de Epicuro en Atenas y los de Salustio en Roma. El *deinde philosophare* se an-

tecede de un *primum vivere* en una residencia de hechizo, cuando se puede sentir el orgullo de que el propio valer y la propia autoridad en todos los altos menesteres de la inteligencia han hecho inclinarse al vencedor de una causa en la que él fué contrario. Cicerón ha escrito de filosofía para que disfrutemos un placer inefable al entregarnos a las formas y manifestaciones de la especulación griega. La filosofía de Cicerón es un goce del espíritu, no una disciplina rigurosa y severa que al descubrimiento de la verdad nos conduce. Hemos de verlo en seguida en el párrafo siguiente, al enfocar el conjunto de su persona en la armonía de sus facultades y aptitudes.

*La figura de Cicerón.*—Plutarco, en sus *Vidas paralelas*, da la pauta. A Cicerón se le compara con Demóstenes. Sus existencias respectivas van alejadas por tres centurias. Del orador ateniense al orador romano hay la distancia que nos separa a nosotros de los días de Felipe IV y de la batalla de Rocroi. El mismo Cicerón ha escrito acerca de Demóstenes en el *Bruto*, le ha imitado en las *Catilinarias*, ha querido apropiarse del título de la una colección de arengas y ha llamado *Filípicas* a las oraciones contra Marco Antonio, su enemigo. En los tiempos liberales se encomiaba el amor de ambos oradores a la libertad. Pero la Grecia, o mejor dicho la Atenas del siglo iv anterior a la Era de Cristo, no se parece en nada a la Roma del siglo i, ya muy próximo el advenimiento del Redentor y más cercana todavía la etapa de grandezas a que Augusto da nombre. Demóstenes asiste y se ha querido oponer a la ruina política de Grecia. La disgregación a que responde el gobierno separado de cada una de las ciudades termina en la batalla de Queronea, del 338, que gana Filippo II de Macedonia. La unidad del Imperio que realiza Alejandro, el hijo de Filippo, termina con la muerte prematura del discípulo de Aristóteles, cuya regia efigie tan sólo Apeles estaba autorizado a reproducir en la pintura. Vienen en seguida las disensiones, las guerras continuadas entre los Lágidas de Egipto y los Seléucidas de Siria. Pero la helenización del mundo se va logrando poco a

poco. La misma Providencia prepara la unidad de espíritu que ha de incorporarse después a Roma y hacer de la ciudad de Rómulo el centro de la civilización universal. La desmembración del Imperio de Alejandro sin que pasen muchos meses desde que el héroe macedón se despidió de la vida a los treinta y tres años de su edad, no corta la línea de la cultura, de las letras, de las bellas artes, de la filosofía, del alma griega. La unidad mental se mantiene en medio de las mudanzas políticas, de las ambiciones de los jefes, de las guerras cruentas entre el país del Nilo y el Asia mediterránea, donde se asienta el pueblo elegido de Dios, cuna próxima de Jesucristo; donde tuvo Fenicia las dos ciudades unificadoras de su comercio, Sidón y Tiro; donde los Antíocos fundan la ciudad de su nombre, que compite con la Alejandría africana en prosperidad, en riqueza, en fausto, en cultivo del saber, en refinamiento del gusto y de la inteligencia. Grecia acaba sometiéndose al dominio de Roma. Filipo V de Macedonia es vencido en Cinoscéfalos (cabeza de perro) por el Cónsul Flamminio. El reino se somete al protectorado romano. Antíoco III de Siria sufre en Magnesia una derrota el 192, en la que son vencedores Escipión el Africano y su hermano Lucio Escipión. Se le imponen condiciones parecidas a las de Filipo. Perseo, el hijo de Filipo V, declara la guerra a los romanos el 172. Paulo Emilio logra vencerle en la batalla de Pidna el 168. Macedonia deja de ser un reino; pero todavía, en unión de toda la Grecia, se levanta contra los romanos el 146. La represión fué tremenda. El Cónsul Mummio destruyó Corinto y llevó sus estatuas a Roma con todo cuidado. A los que habían de custodiarlas en el viaje les dijo: «Que no se deterioren, porque os mandaré hacer otras iguales».

Todos estos sucesos, capitales en la historia del mundo, trata de evitar Demóstenes en su enemiga contra Filipo II. Más en lo cierto se halla Foción, cuya suerte, semejante en este caso a la de Sócrates, le lleva a beber la cicuta a los ochenta y cinco años, no sin que los atenienses se arrepintieran luego de su severidad injustificada. Pero también a Demóstenes se le ha perseguido. Si estuvo o no por dinero al servicio de Hárpalos en la facción ad-

versa a Alejandro y Antipater, es acusación que parece desprenderse de Plutarco. Su trágico fin, su patriotismo incuestionable, sus dotes de inteligencia, el encanto de su estilo y su magnificencia como orador, nos llevan a admirarle, aunque la filosofía y el providencialismo de la Historia se nos ofrezcan hoy antagónicos a cuanto Demóstenes dijo y representó en las vicisitudes políticas de Atenas. La guerra Lamiaca, que había tenido por orador a Hipérides (el que defendió a Friné desnuda ante los jueces), no da la supremacía a los griegos confederados contra Macedonia, no obstante el triunfo de Demóstenes del 323. Al año siguiente fueron derrotadas las repúblicas de Grecia. Demóstenes, refugiado en el templo de Poseidón, de la isla Calauria, apura de un sorbo el veneno que, en previsión de sucesos desgraciados, guardaba su sortija. El orador ateniense es testigo durante su vida de los acontecimientos que forjan la unidad. El año 404 termina la guerra del Peloponeso con la toma y la destrucción de Atenas por Lisandro y la hegemonía de Esparta sobre el Archipiélago. La confederación de Atenas, Tebas, Argos y Corinto contra Lacedemonia, el combate naval de Gnido, que lleva los laureles del triunfo al ateniense Conón; los héroes de Tebas Pelópidas y Epaminondas; las batallas famosas de Leuctria y Mantinea el 371 y el 364; el sol de Macedonia que se levanta majestuoso, pero sin que vuelva jamás a la organización de los pueblos el sistema político de las ciudades independientes, debieron ser una experiencia para Demóstenes, como lo fueron para Foción y tal vez, andando los años, para Polibio, que se inclinó a Roma como general traicionado por Polispercon se ha inclinado a Macedonia.

Corre ahora por el mundo de las investigaciones eruditas una apología de Demóstenes escrita por el alemán, maestro en Norteamérica, Werner Jaeger, sucesor de Wilamowitz en la cátedra de Berlín. Los ataques de que era objeto Demóstenes por parte de otro sabio moderno, Dvoysen, se convierten en bien razonadas alabanzas por parte de Jaeger. También ahora Marco Tulio tiene en Heinze un defensor de máxima autoridad. Su defensa es más fácil que la de Demóstenes, y me refiero solamente al punto de

vista político. El ambiente social, político, hoy diríamos nacional e imperial, en que se mueve Cicerón, es muy diferente al que, para su desgracia, hubo de corresponder a Demóstenes. Las luchas de ciudades aspirando cada una de ellas al dominio de una región geográfica, habían terminado ya desde muchos años cuando Cicerón vino a la tierra. La guerra que hoy se tiene por mítica y legendaria de Horacio y Curiaceos; las contiendas contra los latinos, con el episodio de Coriolano, que han llevado a la escena Shakespeare, Sánchez Barbero y don Víctor Balaguer; las campañas de los etruscos, donde se da anécdota de Furio Camilo y el maestro de escuela de los Faliscos; la invasión de los galos en Roma y el suceso de los gansos del Capitolio, que despiertan a Manlio y puede evitar la catástrofe vecina; las tres guerras Samnitas —tres fueron, asimismo, en Grecia las guerras Mesianas—, en las que se produce la famosa humillación de las horcas caudinas; las victorias de Pirro, Rey de Epiro, aliado de Tarento, con el triunfo final de los romanos y muchas acciones más aprovechadas en todos los tiempos por las letras, la poesía, la pintura, la estatuaría y el teatro, son agua pasada en los días de Cicerón. En Grecia, como en Roma y en todos los países a que ha correspondido durante la marcha de las edades y de las centurias la antorcha de la civilización, se aspira siempre a la unidad de Imperio. Demóstenes la combate asimilando la idea de patria a la idea de ciudad. Es cierto que, rememorando las glorias de Atenas, la antigua unión de los pequeños Estados para vencer a los invasores persas, dan a la eternidad, para ejemplo de los nacidos, los nombres de Maratón, Salamina y Platea. ¿Cómo olvidar la gesta heroica?

Cicerón, a igual de su modelo y casi hermano en el aprecio de la Historia, vive en una época turbulenta. El mismo pone su persona, sus facultades oratorias y su elevado entendimiento al servicio de uno u otro partido; pero, al cabo, y no obstante su *Catón*, al que contesta César en el *Anti-Catón*, sabe inclinarse ante el vencedor de Farsalia, que le perdona, y consagra su actividad sapiente a la patria en la unidad de Imperio, simboli-

zada aquellos años por el sobrino, nieto de Julia, la mujer de Mario. Grecia, después de Demóstenes, se pierde en intrigas, luchas y vicisitudes adversas a la unidad hasta que, al fin, cae bajo el poder de Roma, cediéndole, eso sí, su espíritu inmortal. La ciudad de Rómulo, por el contrario, alcanza en los tiempos de Cicerón los grados mejores de su línea ascendente. Ya es Señora del Mundo, ya es dueña del Mediterráneo, ya extiende su poder a la mayoría de los pueblos que precedieron, con su valor de arqueología, el amplio valor de civilización que tiene a Roma por núcleo, centro y primer móvil.

En la oratoria y en la retórica, que viene a ser su código especulativo, Marco Tulio continúa una tradición que él mismo ha historiado. Hoy no se toman en mucha consideración las noticias de Tito Livio acerca de los primeros oradores populares. Se sabe, por ejemplo, que Bruto, el primer Cónsul de Roma, al finalizar el siglo vi antes de Cristo, no pronunció nunca ante el pueblo las sabias y encendidas oraciones que pone en sus labios el autor de las *Décadas*. Se sabe que el compañero en el consulado de Colatino no era capaz de concebir y expresar ante el cadáver de Lucrecia los sentimientos y las razones tan sabiamente ofrecidos a la admiración de las centurias por el historiador de los años de Augusto. Antes de que Grecia fuera conquistada por Roma, tal como lo estudia en su *Polibio* Fustel de Coulanges, el habla no pasaba de ser una forma ruda de expresión. Los griegos llevan a las márgenes del Tíber la suavidad de sus maneras, lo refinado de su entendimiento, las normas y las prácticas de una cultura superior. Catón el Antiguo, bisabuelo del de Utica, se ha opuesto a que penetren en la sociedad romana las ideas y el espíritu de Grecia; pero acaba aceptándolas, porque, al fin, allí estaba el cuerpo, el vehículo, el modo, el impulso y la materia de la civilización. Catón el Antiguo es ya un formidable orador. Lo son los Gracos y también los agonistas de la política romana en los tiempos que ven la ruina de Cartago, de Corinto y de Numancia; la sumisión de Macedonia, la sumisión de Grecia, Asia y Africa a provincias de la República. En el *Bruto* traza Cicerón formida-



bles semblanzas de los oradores que le precedieron en la maestría de la elocuencia. A todos ellos ha de aventajar. Allí se entusiasma con Cayo Graco. Un motivo de pedagogo asoma al punzón o estilo con que va manifestando su pensamiento en las tablillas enceradas. Al menor de los hijos de Cornelia, nietos de Escipión el Africano, es a quien ha de leer con provecho la juventud. «Nadie poseyó nunca una elocuencia más rica y abundante —dice Marco Tulio—. Sus expresiones son nobles; sus pensamientos, sólidos; el conjunto de su composición, imponente.» En los años de Cicerón compiten con él en elocuencia, aunque sin igualarle nunca, Hortensio, Licinio Calvo, Marco Bruto, Marco Celio, Pompeyo, Sulpicio Rufo, César, Catón de Utica, Clodio y otros no menos renombrados. A todos aventaja Cicerón en la pureza del lenguaje, en la armonía de los períodos, en la solidez de los pensamientos que él admira en Cayo Graco, en el equilibrio de las frases, en el conocimiento del asunto que trata, en la habilidad para persuadir y conmover, en el tono, en el estilo, en la elegancia, en las actitudes, en las cualidades físicas, en el talento y competencia para aprovechar las disposiciones del auditorio, conforme se van sucediendo las cláusulas. Cicerón tenía la costumbre de escribir sus discursos, generalmente, después de pronunciados. Otras veces corregía el texto de los taquígrafos.

Dos cualidades distinguen en general los escritos de Cicerón: la claridad y la elegancia. Vienen en seguida la fuerza, el ímpetu, la galanura, la belleza de las expresiones y aquel ajustarse la palabra al pensamiento como la piel a los músculos y a los huesos del cráneo. Cicerón es el rey de la prosa latina, como Virgilio lo es del verso. El aticismo de Demóstenes acaso quede un tanto pálido si se le compara con la lengua empapada en miel de Lisias y Jenofonte. No sucede lo mismo con Cicerón. A él nadie le lleva ventaja ni le iguala siquiera como estilista. Léanse sus *Cartas*. Todas ellas son un primor. Sirven, además, para conocer la vida de Roma desde la dictadura de Sila hasta la formación del segundo triunvirato. La colección va repartida en varios libros y en varias secciones, según la persona o personas a quienes

las epístolas se dirigen. La espontaneidad no aminora la elegancia de la expresión. Son los mil incidentes de la existencia cotidiana que allí toman permanencia e interés inmortal en el comentario de un genio de la lengua. ¿Y qué no decir del tratado de la *Senectud* y el tratado de la *Amistad*? Las armas del estoico se templan en ambas con las sutilezas de un espíritu de elección ataviado con todos los tesoros de una sabiduría tradicional. A Cicerón no solamente le vemos pensar y expresarse con maravillosa elocuencia en un lenguaje modelo. Le vemos también vivir, y parece que a nuestro lado nos aconseja, nos instruye, nos comunica de viva voz las miradas de átomos de Lucrecio que, al envolvernos, al penetrarnos, al formar para nuestra enseñanza y nuestro regalo alimento y atmósfera, nos dan el dominio de la mente y del alma entera en una interior satisfacción de serenidad y equilibrio.

No he de analizar una por una las obras de Cicerón. Sería trabajo ajeno al fin que me propongo en estos ligeros apuntes y labor por encima de mis posibilidades. Réstame todavía dedicar unas notas al renombre de Cicerón y —lo que es de mayor importancia para el momento actual— enfocar su figura a la luz de los nuevos principios que hoy gobiernan a España, y ver de qué manera se compaginan un período capital en la historia de la cultura y del pensamiento y los fastos de Imperio, entonces olvidados en un torrente de retórica y diletantismo de esencia contraria a las ideas y división en partidos a que alcanza en el tiempo la vida del magno orador.

*El renombre de Cicerón.* — El primer imitador de Marco Tulio es Quintiliano. Ha nacido en España, en Calahorra, y se ha consagrado a la profesión y la enseñanza del bien hablar. Abre los ojos a la luz el 35, reinando Calígula, y muere el 96, que es el año primero de los Antoninos. Setenta y ocho hacía que había muerto Cicerón cuando vino al mundo Marco Fabio Quintiliano. Sus *Instituciones Oratorias* pasaron a lo largo de muchas generaciones por el código de la elocuencia y la suprema autoridad en

materia de verbo hablado. Pero Quintiliano se limita a imitar y copiar a Cicerón sólo en un aspecto de su personalidad ingente, el de la oratoria, que, como se ha de ver en seguida, es hoy el de menor interés. Más importa el Cicerón estilista, el que pule la frase cual un batihoja los panes de oro, el que presta al latín bellas calidades, el que sujetaba la espontaneidad de la improvisación a reglas precisas que marcan el tono, el ritmo, la delicadeza del pensamiento, la nitidez de la frase, lo firme de la cláusula en la amplitud del período. Quintiliano sigue la estela de Séneca el Retórico, el de las *Controversias* y las *Suasorias*, que en punto a dicción ha de relajar su hijo Séneca el Trágico, como la ha de llevar a mayor libertad todavía, escribiendo en griego, el Emperador Marco Aurelio, el penúltimo de los Antoninos.

La alta Edad Media señala un apogeo en el ciceronismo. La nueva ley de Cristo hace olvidar un poco a Cicerón. San Isidoro de Sevilla le conoce y le comenta. Se ha llegado a él por la tradición de San Agustín, San León y San Jerónimo, del que corre la anécdota de haber sido azotado por los ángeles en castigo a que admiró y estudió apasionadamente la prosa ciceroniana. El episodio lo conocemos los españoles por los famosos versos de Quevedo contra el doctor don Juan Pérez de Montalbán.

Grandes azotes le dan  
porque a Cicerón leía.  
¡Ira de Dios! ¡Qué sería  
si leyera a Montalbán?

No conserva el suceso la buena crítica histórica, y así hemos de tenerlo por inventado. Hoy es opinión corriente entre los teólogos de gusto depurado que el bien hablar es tan grato a Dios como las buenas obras.

El Renacimiento de Carlomagno, de fines del siglo VIII y principios del IX, desconoce a Cicerón, que no vuelve al estudio y estima de los sabios hasta el otro Renacimiento italiano del siglo XV. Desde entonces todos los humanistas son ciceronianos. Así Lorenzo

Valla, Angelo Policiano, Erasmo de Rotterdam, nuestro Luis Vives, Budeo, Escaligero y Enrique Estéfano... Pero téngase en cuenta que Erasmo se fija principalmente en los *Tusculanos* y en las *Cartas*. La profunda enseñanza humanística a que responde el *Ratio Studiorum* de la Compañía de Jesús fué motivo de que Cicerón, en lo que hace a la forma y galanura del lenguaje, fuera considerado como primera figura de la gramática, y la preceptiva literaria y la admirable tradición sapiente domina las aulas de los ignacianos desde el siglo xvi hasta los días actuales. Ahí está el ejemplo del P. Perpiñá y años después de los expulsos de Carlos III: Paramés, Prat de Saba, Torres, Lapuente y muchos otros. No llega en pureza ciceroniana a Luis Vives ni a Perpiñá el aragonés Lorenzo Palmireno, pero ¿cómo no rendirnos ante el encanto de las bellas expresiones que han logrado con el estudio y el esfuerzo en los dominios de Cicerón Melchor Cano, Pedro Simón Abril, Nebrija, Fox Morcillo, Gómez Pereira, el Comendador Núñez, García Matamoros, el deán Martí y cuantos se constituyen en depositarios de la cultura por los días de nuestro Imperio español? Los escolapios no les van en zaga a los jesuítas en el culto a la buena latinidad. Los escritos de Cicerón sirven a los hijos de San José de Calasanz para afinar con la frase el pensamiento, y también de norma segura en pedagogía. No cabe enseñar bien sin el cultivo de las lenguas y las humanidades clásicas, base indispensable de formación mental, y el aprendizaje y dominio del latín no se concibe, ni se consigue, más que sorbiéndole el alma a Cicerón. León XIII, gran latinista, era un fervoroso ciceroniano. Así lo manifiesta en sus Encíclicas, que unen a la profundidad del pensamiento y la solidez de la doctrina, bellezas de expresión aprendidas en Marco Tulio.

Los enemigos de Cicerón empiezan muy temprano. Dión Casio nació el 155 de nuestra Era, treinta y nueve años después de muerto su antecesor y homónimo Dión Crisóstomo (30-116). En su *Historia de Roma*, que se conoce por el extracto que hizo en el siglo xi Xiphilin, contemporáneo de Psellos, colma de injurias a Cicerón, Pompeyo, Bruto y Séneca. En los tiempos modernos el prosista

maravilloso de las *Academias* y los tratados del *Orador* ha tenido por detractores, entre otros, no tan de resalto, a dos alemanes: Drumann y Mommsen. Pertenece el primero al siglo XVIII y el segundo al XIX. Para Mommsen, Cicerón no pasa de ser un periodista hábil, siempre vulgar. A veces los sabios de bien asentada nombradía llegan a extravíos inconcebibles. Un amigo de Gastón Boissier, Hochart, llegó a decir que Nerón no había mandado matar a su madre Agripina y que Tácito no había existido nunca, porque sus obras y la fama de su talento como historiador eran tan sólo invención del Poggio. Claro es que Gastón Boissier, una de las fuentes principales para conocer la vida de Cicerón, no siguió la broma de su amigo...

Del mal que dicen unos, de la tradición de cultura que el nombre de Cicerón encarna, de la apoteosis en que se ha tenido por las generaciones al orador de la conjuración de Catilina, del auge de las nuevas ideas tan contrarias a cuanto Cicerón representa ¿que juicio hemos de formar? ¿Dónde hallaremos el fiel de la balanza, el buen criterio entre los encontrados pareceres?

¿Qué deben pensar de Cicerón los españoles de 1943? El autor clásico que corresponde a los años de ahora no es Cicerón: es Jenofonte. El discípulo de Sócrates, que preparó, tuvo a su mando y después historió la retirada de los diez mil, se adapta perfectamente al espíritu imperial de la España presente por el aliento militar y de jerarquía de su existencia y de sus escritos; por su comprensión elevada de la política; por el acierto con que supo tratar de la economía en Atenas y en Esparta; por sus amplias concepciones acerca de la caballería, la equitación y el tono de los ejércitos; por su noción del hogar y de la mujer fuerte, semejante al *Alfabeto Aureo* de Salomón y precedente de Luis Vives y del prosista admirable de la *Perfecta Casada*; por su elogio de Agesilao; porque cambia para nosotros el estilo de la historia liberal y las ideas que, a través de dos centurias, se han formado sobre las vicisitudes de Grecia durante la guerra del Peloponeso; porque, gracias a él, sabemos las ventajas del tratado de Antalcí-

das que las informaciones liberales consideraban deshonoroso; porque, asistido de razón, prefería las armas a la toga, y por la fluidez y belleza de su puro aticismo en un lenguaje que no les va en zaga a Demóstenes y Cicerón. De Jenofonte al autor de los *Tusculanos* hay tres siglos de distancia. Lástima que el orador de Arpina no atemperase su inteligencia, su erudición, sus maneras, sus obras y su vida al pedagogo de la *Ciropedia*. allí donde Fenelón bebió las mejores aguas de su *Telémaco* y donde templaron su inspiración y sus dotes el Obispo Guevara y cuantos ocuparon su actividad mental en el problema de la educación de los Príncipes. Cicerón no representa en la línea de Jenofonte la autoridad, la unidad, la disciplina, la vida dura del campamento, el respeto a un jefe militar, el vivir austero, la preparación constante para la guerra y el sacrificio verdad en bien de la Patria. El orador romano es hombre de partido, sofista en ocasiones para elegir la doctrina que mejor convenga a intereses particulares. Prefiere el bello período a la exposición de la verdad desnuda. Es suntuoso en sus costumbres. Quizá pudiera sacarse del estilo de su vida y del contexto de algunos escritos la teoría, hoy con justicia condenada, del arte por el arte. Cicerón gusta del lujo, de la buena mesa, de la compañía de gentes que deleitan el ánimo en ingeniosa y sabia conversación. Es ambicioso. Obtiene en seguida los grados del *cursus honoris*. Como gobernador de Cilicia procura aumentar sus dineros. Túsculo es un paraíso. Posee esclavos, pero los trata bien. No olvidemos que en la última jornada quisieron dejarse matar por su señor. Una vez ejerce la tutela de una joven colmada de riquezas y repudia a su mujer, Terencia, para casarse con su pupila Publicia. ¡Qué distantes nos hallamos del *Económico*, de Jenofonte (modelo de hogar antes de Cristo), y de la vida dura, incómoda de los lacedemonios, que fortalecían sus músculos zambulléndose desnudos en las aguas heladas del Eurotas! Podría concluirse de estas consideraciones, muy a la ligera, esbozadas, que hemos de dirigir la mirada no ha Cicerón, sino a Jenofonte, y que no andan descaminados Drumann, Mommsen y quienes, a ejemplo suyo, han denostado la figura de Marco Tulio.

Segundo cargo. Cicerón es por su facultad maestra orador, y hoy la oratoria se tiene como signo de decadencia en los pueblos. En los períodos de virilidad no hay oradores. No lo fué Jenofonte, ni lo fueron los magnos ingenios del siglo de Augusto. A lo más, se admite entonces una oratoria como la de Catón el Antiguo o como la de Tertuliano. Prodúcese a la sazón verbos de fuego, no verbos de flores. Viene al recuerdo la imagen de Juvenal. Diríase que el Tíber ha sido absorbido por el Orontes, el río de Siria, que enerva los temperamentos con la molicie a que convidan sus riberas. La oratoria supone la primacía de la dialéctica y la retórica sobre la metafísica de las verdades eternas y absolutas. Bien está que a éstas se vaya por senderos de belleza y que no se descuide la forma en que la verdad se nos ofrece. La *Retórica eclesiástica*, de Fray Luis de Granada, y las reglas para predicar bien no han de olvidarse al formar en ciencia y virtud a los nuevos apóstoles de Cristo. Pero téngase en cuenta que la oratoria sagrada de los sacerdotes católicos, obedientes a Roma y a las autoridades legítimas de la Iglesia, es siempre vehículo de un fondo de verdades ciertas, y que allí, sin excepción, el *Ens metafísico* precede y da armonías al *Logos* dialéctico. No sucede lo mismo con la oratoria política y forense. En ellas, muchas veces se trata de tapar intereses bastardos con la afluencia de la elocución y el ingenio agudo que con industrias de silogismos bien concertado, engaña sobre nociones y juicios falsos. La oratoria es, en no pequeña escala, el arte de la falacia y el sofisma. El orador domina sus actitudes, sus posturas, sus ademanes, sus gestos, sus miradas. Los tonos de voz le han sido ensayados por un profesional de la declamación y el teatro. Sabe enternecerse, llorar, disponer los acentos para que en el auditorio se produzcan iguales emociones. Todo en él parece natural, y en rigor todo es efecto del artificio. La pasión se desborda en sus maneras, pero ¿no tendremos que ver en este punto con la *Paradoja del comediante*, de Diderot? La cadencia de súplica, de mandato, de dolor, de ironía, de burla, de conminación, ¿no será efecto bien conseguido de la flauta que daba el tono mientras que el orador ensayaba su dis-

curso? Toda oración política y forense ha de juzgarse en todo momento desde el terreno de la metafísica, que es el terreno de la verdad, y se ha de investigar muy en sus pormenores el fin que el orador se propuso, y las causas y los efectos buscados de su intervención en una materia de política o de derecho aplicado. Hoy nos gusta el estilo escueto, la frase breve, la suma, la definición, lo que vaya al nervio de las cosas y no deje recovecos ni ambigüedades en quien escuche o lea. Es el estilo de la nueva España, al que hemos llegado tras un camino de austeridades y renunciaciones. A los oradores políticos del siglo anterior los tenemos por anacrónicos y falsos. Su verbo está definitivamente muerto; sus laureles se han secado y yacen en el montón de lo que se arroja al muladar, y como el cinematógrafo no llegó a tiempo de conservar sus posturas, ni el fonógrafo de grabar su voz para enseñanza de las generaciones venideras —una enseñanza de cosas que conviene evitar—, he aquí que la simple lectura de sus textos nos da impresión de falsedad, de cosa baladí, de relámpago fugaz, ya sin ritmo, sin rima, sin concordancia para nuestros espíritus.

Algo de esto sucede con Cicerón. Los españoles de 1943 se resisten a admirar las dotes de su oratoria bimilenaria. Además, es un retórico y hoy no priva la retórica por el peligro de que nos conduzca al sofisma y la verborrea. Los españoles de la hora presente quieren verdades en pocas palabras. El verbo ha de ser hijo del padre, consustancial a él, y el pensamiento, que en este caso simboliza a la primera Persona de la Santísima Trinidad, ha de ajustarse a su vez a la verdad externa y ontológica. Se impone la brevedad, el Credo, el Decálogo, el Catecismo, la Oración Dominical, la Suma, que quiere decir resumen, y es la forma de la sabiduría medieval, con la que nos conviene tener puntos de contacto cada vez más frecuentes y abundantes. La salvación de los hombres y de los pueblos se opera en las grandes unidades de una nueva Edad Media, como ha dicho Bardiaeff. Ya se ha visto que la Edad Media olvidó a Cicerón, ¿hemos de seguir idéntica norma? ¿Fuera oportuno traer a estas páginas la evo-



cación de Marco Tulio para condenar su figura gloriosa y clasificarle, al fin, en la legión de parladores políticos que llevaron a los pueblos a la ruina? ¿Cómo soltar la antinomia, el matiz paradójico que se nos ofrece?

Cicerón tuvo la desgracia de vivir en una época de caos y de fuerzas sociales disgregadoras. Del año 79, en que acaba la dictadura de Sila, al 27, en que organiza Augusto el Imperio con la divisa del águila que había dado Mario a las legiones, transcurren cincuenta y dos años, en que Roma, agobiada por su propia grandeza, duda en la elección del camino que ha de seguir. Todo se vuelve partidos, divisiones, enconos, odios, triunfos de la ambición, fórmulas transitorias de armonía, que no llegan nunca a la unidad buscada. Cicerón es hombre de su tiempo. Vive en la Roma del foro y de los triunfos que consigue el hablar bien. Es ambicioso y logra el Consulado, la riqueza, un puesto preeminente en la sociedad de entonces, a la cabeza del mundo y de la civilización universal. El mismo deja cimentado su renombre futuro con aquellos desmedidos elogios que a su propio valer se prodiga. Es el absoluto desprecio de la modestia. Pero Cicerón no es cristiano, ni marcha tampoco por los senderos de virtud, prudencia y pensamiento que preceden al cristianismo dentro de la era clásica. Su nombre no se empareja en este punto con los de Sócrates, Platón, Jenofonte, Catón el Censor y Virgilio. Cicerón es un ególatra. El Universo gira en torno a su espíritu. No le pidamos desinterés, sacrificio, austeridad, abnegación, la esencia de virtudes cristianas desde antiguo latentes aquí y allá en el curso de la paganía.

Un hecho magno se impone. A pesar de tantas reservas y distinguos, Cicerón es en la Historia un depositario y un conservador del espíritu y de la cultura. Su persona constituye uno de esos jalones, uno de esos hitos, uno de esos remansos que van sedimentando y mejorando, con destino a las gentes que han de venir, el caudal de la inteligencia, del espíritu y de la sabiduría en el torrente de la civilización a través de la Historia. Cumple a Cicerón un destino pedagógico. Su magisterio en el *Ratio Studiorum*

de los jesuítas; el ejemplo de su autoridad en todo el mundo que aprende y que sabe, a partir del Renacimiento; el principio de no ser posible la cultura sin el estudio del latín, ni el estudio del latín sin sorber el seso a Cicerón; la norma tradicional de la Europa sapiente, pródiga en cicerónianos; el noble linaje de Roma, sin el cual las sociedades y las naciones vegetarían en plebez; muchas otras razones de índole cultural hacen de Cicerón como un escudo de nobleza y de Imperio. El, con una lengua, logró forjar todo un continente de la cultura muy superior al iniciado por Varron y Lucrecio, pues le han cabido las delicias de su jardín Túsculo, donde el aire tibio, embalsamado de flores, envuelve las almas en serenidad y sabiduría.

# UNIVERSIDAD, FARMACIA Y VIDA RURAL

Por JOSÉ MARÍA ALBAREDA

**E**N pocas ocasiones como en la presente confluyen el carácter solemne con la profunda intimidad. Porque junto al ingreso protocolario y académico está el recuerdo vivo y familiar: tres generaciones, que cuajan ya en tradición farmacéutica, la vida que se abre y crece en farmacéutico hogar. Mas yo no he venido a decir pretéritas emociones personales, particularismos subjetivos, sino a rememorar aquel ambiente de la Farmacia rural y éste de las corporaciones científicas, con la ambición de proyectar la Farmacia rural en la Universidad y la Universidad en la Farmacia rural; más que agitar sentimientos, quisiera meditar con aquella anchura con que discurre el pensamiento cuando no le reducen a mezquindad y estrechez el interés miope o la perturbadora posición.

Quiero pensar en estos momentos en todas las farmacias de los pueblos de España, con sus valores, defectos y posibilidades; en su capacidad de vibración fecunda y también de agitación vana o de somnolencia rutinaria, y quiero pensar también en nuestras aulas y laboratorios, en nuestros profesores y alumnos, en toda la capacidad formativa de unos estudios que por su naturaleza y su dedicación, por su contenido y por la extensión social a que se aplican, pueden enraizar en el suelo de España valores muy altos.

---

NOTA.—Discurso leído por el Excmo. señor don José María Albareda Herrera en la solemne sesión celebrada el día 28 de mayo de 1942, para tomar posesión de una plaza de Académico de número.

**CONTENIDO DE NUESTRAS ENSEÑANZAS**

---

En líneas generales, la enseñanza transmite conocimientos integrados, en variable medida, por estos tres componentes: lo informativo, lo discursivo, lo técnico: datos y hechos, razones y generalidades, métodos de trabajo.

Las llamadas ciencias o ramas descriptivas abundan en la enumeración concreta de datos y hechos, sobre los que un ajustado discursivo va trazando, en apretado forcejeo, inducciones generalizadoras o castillos de naipes cuando el entendimiento poco exigente se conforma con el vano cimientito de la arena movediza —hechos sin trabazón— y levanta pretenciosas edificaciones imaginativas. El desarrollo de nuestras ciencias ha consistido, en primer término en un concienzudo acopio de materiales, sometidos por la crítica a todas las pruebas de una rigurosa resistencia de materiales, y la construcción de cada ciencia se ha ido operando en la medida en que el perseverante pensar ha logrado disponer los hechos, sin forzarlos ni deformarlos, en agrupaciones regulares o en coincidencias precisas.

Parte descriptiva y parte de generalidades es la frecuente división que encontramos en nuestros programas y tratados. Pero hay algo más. La sugestiva generalización descansa sobre la solidez de los hechos coincidentes. Mas, ¿cómo se llega al hecho?, ¿cómo se ha llegado a los hechos y datos conocidos, y cómo se pueden alcanzar nuevos hechos y datos? Frente a la transmisión de una cultura estática, como un legado, aparece la investigación como un continuo adquirir, como una invasión permanente de nuevos dominios y conquistas. Sin investigación, unos tratados fijos cuentan a los estudiosos unas mismas cosas a lo largo de generaciones. Se da lo que se ha recibido. No hay crecimiento, no hay incorporación, es un dar y tomar mecánico, unas repeticiones, un monolito clavado en la orilla, ante cuya inmovilidad desfila bulliciosa la corriente de las generaciones.

### INVESTIGACION Y DOCENCIA

La investigación comunica a la Ciencia su tono vital, su dinamismo y su inquietud. La formación del investigador es un continuo trasiego de cuestiones, una serie de problemas que hay que ir resolviendo a medida que se van planteando: acabar esto para comenzar lo siguiente.

Es muy corriente, llega a ser vulgar, la pintura del investigador como un ser deformado, como una mente polarizada, que no ve ni sabe del mundo más que aquella fracción insignificante de cosas que sirven al curso estrecho de sus trabajos. Se ha hablado mucho del investigador como de un maniático, estrecho, sin jugo, como una lámina estrujada entre cilindros que ruedan monótonamente a lo largo de una vida. Hombre que no sabe nada ni quiere saber nada fuera del microcosmos de su labor; hombre deshumanizado, cerrado a toda sugerencia que no caiga en la línea, muy larga y muy estrecha, de su discurrir. Hombre, por añadidura, que siente como única pasión la chifladura de su estudio especialísimo, y desatiende todo lo demás, y ahorra tiempo, si es profesor, al trabajo docente de la Cátedra. Esto se ha dicho y se ha repetido con insistencia. Y es verdad que la investigación tiene ese peligro, y aun puede exigir algo de eso; pero yo no sé de cosa humana que no tenga algún peligro o exigencia.

Nuestra existencia en el mundo es vida; existimos en cuanto vivimos, y una ciencia sin investigación queda todavía más deshumanizada que el cuadro que puede presentarnos el más maniático de los investigadores. Porque todo en el mundo se mueve y vive, una ciencia sin investigación aparece dislocada de las cosas. El ímpetu juvenil verá en un magisterio alejado de la investigación, arcadas fijas de un puente que van quedando atrás, mientras el empuje de la vida lleva sucesivos derroteros. Pero la situación se agravará si esa disociación entre el vivir y un saber petrificado no se produce, si el vivir no se desarticula de

una ciencia parada, para seguir otros senderos; si la ciencia estática capta, cohibe y cerca al hombre en formación.

La investigación está muy ligada a la tarea docente, pero hay amplísima tarea docente que ha de correr al margen de la investigación. y alguna vez, docencia e investigación exigirán criterios dispares. Es absurdo, se dirá, que un estudio profundo de la Edad Antigua prive del conjunto histórico y se ignore la Historia Moderna, por concentrar la visión en aquel período antiguo. La Historia tiene un contenido humano homogéneo, que se quiebra arbitrariamente con tal delimitación. Pero también es cierto que la Ciencia se elabora mediante los instrumentos con que se opera, y en la Edad Antigua, las fuentes históricas de las que brota su conocimiento, son radicalmente distintas de las que requiere la Historia Moderna. La separación no la impone sólo la naturaleza del hecho, sino la vía de acceso. Vertebrados, fanerógamas, protozoos, bacterias, tienen esencialmente una misma vida celular; pero el tamaño impone unos métodos, y en el tamaño se funda una ciencia: la Microbiología.

### GESTION Y CREACION

La bifurcación entre conservar o transmitir y avanzar o adquirir, se ofrecerá muchas veces. En la vida pública, gestión y creación responden a esa divisoria. Vistas las cosas desde fuera, parece que no hay más tarea que la de rotundas creaciones inmediatas. Pero decía Claudio Bernard que la vida es la muerte, es decir, la vida subsiste mediante una continuada renovación celular, como la Historia se prolonga mediante una continuada renovación de las generaciones. Nada se hace solo; no hay cosa que subsista por sí, y el hacer que las cosas sigan un curso exige esfuerzo. Un país, una sociedad, un individuo, marchan mejor o peor, según la cantidad de trabajo oscuro, anónimo y silencioso que se entierra en una continua gestión rectora; abandonadas a sí mismas las cosas se descomponen o corrompen, y la normalidad exige vigilante dedicación laboriosa. Igual que la enseñanza. Los que

mueren no pueden legar directamente su ciencia a los que nacen, y hay que dedicar una enorme cantidad de trabajo a enseñar las primeras letras y los fundamentos y caminos trillados de las ciencias, y a ir elevando a los que crecen del fondo común de la ignorancia.

¡A cuántos serenó la experiencia del mando y les hizo ver cuán trabajoso es hacer marchar el carro que creyeron rodaba solo! ¡Cuántos creyeron, engañándose, que la complicada realidad se deja suplantar por esbeltas figuras que tienen el valor de cosas sacadas de la cabeza! Pero la enseñanza, como la gestión, si en sus cimas no tienen hálito creador, superación, tirones del ideal hacia un más allá más alto, caen en rutina, en mecanicismo, en monótona desilusión. Nada hay tan difícil en el mundo como la estricta horizontal. Porque el que no tiende hacia arriba no alcanza el nivel.

La investigación cala, profundiza, penetra y abre caminos hondos, y, sin embargo, a pesar de estas condiciones fecundas de la investigación, existe una frivolidad de la investigación; son muchos los móviles humanos, no precisamente de tipo científico, que se mezclan en el deseo de investigar y lo enturbian y lo tergiversan, y a veces lo degeneran. La investigación es una palabra prestigiadora; y son muchos los deseos no tan prestigiosos que buscan su sombra y su cubierta. Tiene evidentemente muchos peligros la investigación.

En períodos de escasa madurez cultural, el hombre que toma el estudio de una disciplina considerablemente especializada, está con frecuencia sólo en su país y se erige en dictador intelectual; y, ausente toda posibilidad de crítica y de cotejo, crece la medida de su propia estimación en proporciones completamente desorbitadas. Cuando faltan tradiciones científicas y sobran miras interesadas seudocientíficamente, se presentan peligrosas apariencias de genios, en las que la fuerza efectiva está muy por debajo del empuje del engrimiento.

La investigación es técnica dirigida por ideas. Pensar y eje-

cutar. Saber pensar, saber trabajar. Métodos de trabajo, técnicas, he ahí la raíz investigadora, raíz inexistente en el cómodo y estéril sistema de la enseñanza verbalista.

### LAS PRACTICAS DOCENTES

La facilidad en exponer y la dificultad en imponerse en métodos de trabajo, han dado largamente a nuestras enseñanzas carácter enciclopédico verbal, en rotundo desequilibrio con la interioridad familiarizadora del ejercicio práctico. La razón matemática, *saber decir: saber hacer*, ha tenido un valor exorbitante. La explicación ha podido dilatarse sin freno mientras la acción ha quedado raquítica, cohibida. Desde hace mucho tiempo, gran parte del profesorado tiene dirigido su interés y su esfuerzo hacia la rectificación decidida de ese tipo de enseñanza, y lo conseguido, sobre ser mucho, va en aumento. Edificios e instalaciones han mejorado continuamente, y hoy reciben el rotundo impulso decisivo que dotará a las Universidades españolas de espléndidas sedes de trabajo.

En la vida escolar las clases prácticas adquieren desarrollo y valoración, despiertan alientos y pesan en el examen. Pero queda mucho que hacer en esta materia, sobre todo donde un crecimiento imponente de la población escolar rebasa, con esterilizadora inundación, los cauces docentes y materiales. Si comparamos nuestra bibliografía en tratados teóricos y en libros de prácticas, advertiremos el desequilibrio. Por esto, los avances alcanzados deben ser estímulo y empeño que implanten y aclimaten definitivamente la práctica de la observación y la experiencia, el ejercicio directo y activo, en nuestra enseñanza.

No se trata de una exacta coincidencia de contornos entre cátedra y laboratorio; no es que la práctica haya de cubrir precisamente el área verbalmente expuesta. Las prácticas dan a la teoría arraigo y solidez: calan, impregnan, fijan. Pero tienen también un carácter propio: forman la educación científica. Sirven para saberse conducir científicamente. La familiarización con unas



cuantas técnicas, enseña a confiar que del mismo modo se llegan a dominar las demás. La práctica del laboratorio, del seminario, introduce al alumno en la ciencia, en sus métodos y procedimientos. Y la misma visión teórica y general del hombre que conoce el laboratorio no es ya sólo más firme, sino que es distinta. Ha visto las cosas en sí mismas, no a través de reflejos verbales. Hay que explicar menos y realizar más.

### LO VERBAL Y LO PRACTICADO;

### LO REPETIDO Y LO RENOVADO

Conjugando este par de variables: explicación verbal o ejercicio práctico, y renovación vital o repetición continuada, obtendremos los distintos tipos de docencia: la repetida e inalterable explicación de la clase oral; la clase oral puesta al día; la práctica continua del ejercicio práctico y la práctica renovada, variable. El predominio de cada uno de estos tipos debe ser propio de las distintas enseñanzas.

a) *Práctica continuada.*—La repetición de unos mismos ejercicios prácticos es el aprendizaje; para realizar determinaciones, y medidas, y preparaciones no hace falta dominar sus razones y fundamentos, como para oír la radio o conducir coches no es preciso ser un especialista en radiaciones o en motores. En todas las entidades eficientes hay personas que conocen hasta el primor un orden de trabajo, y rutinariamente llevan a cabo lo que llaman los ingleses *routine work*, una misma y repetida labor. Es absurdo pensar que la especialización es asunto sólo de doctorados, de cumbres; precisamente somos más limitados con las manos que con la cabeza; y será difícil entender a un mismo tiempo de Electroquímica y de Arqueología, pero es más difícil ser a un mismo tiempo albañil y sastre.

El aprendizaje es esencialmente especializado, y hay en él posibilidades considerables de desarrollo, fecundas emergencias de una primera enseñanza general. Los cientos de análisis quí-

micos de las grandes Estaciones experimentales los realiza este personal.

b) *Práctica varia y orientada.*—La técnica móvil, orientada y adaptada a una sucesión de objetivos, en continua variación de estrategia conquistadora, se realiza en la investigación. Esa variación necesita dirección, idea rectora, pensamiento investigador. Se va hacia algo, con pasos de técnica; una idea encamina los pasos.

c) *Repetición verbal.*—La repetición prolongada, a lo largo de los años, de unas mismas explicaciones, tiene diversidad de aspectos.

Veo el último día de curso desde los bancos escolares. Tras la mesa, el profesor. Entre las hileras escolares hay alumnos que ven con optimismo el final. Llega a haber quien compadece al profesor. Piensa que aquel señor, al llegar a la última página del programa, no tiene otro porvenir que volver a la primera página cuando llegue octubre. Y así otro curso; y el joven escolar ve su nuevo octubre: otros temas, otros libros, otros profesores, otros panoramas. Prefiere ser agua a pilastra. Todo este interés psicológico, todo este anhelo viajero, se quiebra en el horizonte de la repetición prolongada. (Si ya se sabe que hay que dar X años de estudio a los idiomas, no se estudiarán los métodos de rápido dominio; métodos, por ejemplo, basados en el estudio de las raíces, que con tanto éxito cultivó la Universidad de Zaragoza.)

Así se producen los hombres rutinarios y simplistas, que sólo saben ir y venir por un solo camino y por un solo razonar.

La repetición prolongada tiene su área propia, su razón de ser. Porque la rutina es un peligro; pero el snobismo lo es también. Hay el peligro generalizador, que quiere llevar la investigación a todo, hacer de todo investigación, hasta de la enseñanza en su grado más elemental.

### TAREA DE LA ESCUELA

La escuela debe enseñar, no diré poco y bien, pero sí bien y bien; el poco o mucho viene en segundo término. El ensayismo es una catástrofe en la escuela. Dada la subversión de valores en que ha vivido España, llegábamos al momento en que se iba a enseñar el microscopio en la escuela y la división o la ortografía en la Universidad.

La tarea del maestro es dura e ingrata. Le toca esforzarse en enseñar bien lo que es general, corriente, aquello cuya omisión será censurada, pero cuyo dominio no será elegiado. Cuando me duele el dedo me entero de la importancia de la salud de mi dedo. No valoramos lo que tenemos. Se divisa más la deficiencia que la suficiencia. La normalidad fisiológica, los conocimientos adecuados, lo que encaja, lo que es armónico, pasa inadvertido. Por eso es fácil el ataque crítico. La vocación del maestro debe ser enterrar su trabajo en el fondo escóndido de la voluntad y de la inteligencia infantiles, buscando lo que no se ve: normalidad, salud, educación..., más raíces que follaje. Vocación de servicio oscuro, de fundamento modesto. Y este tipo de enseñanza se ha de dar ampliamente en el grado medio, y en parte también en el superior.

d) *Lo verbal, renovado.*—Una enseñanza puramente verbal, aunque puesta al día, más dotada de amenidad que de problemas reales, con más sutilezas y curiosidades que objetivos, tiende a la amplitud cultural, al intelectualismo, al excesivo cultivo de lo potencial.

Cuando se recorre el campo de la enseñanza, de la investigación, de las profesiones, con pasión de eficacia, brota de todo un mismo clamor: servir, no engalanarse. Siempre son terribles las apariencias.

En el cuadro de lo dinámico y vital hay dos coloridos que en nada se parecen: lo funcional y lo potencial. La permanencia de lo potencial es escandaloso parapeto de la inercia. ¡Cuántas ilusiones removidas y cuántos anhelos aquietados por el proyecto sugestivo, por el difundido convencimiento de que «se puede» hacer

aquella magna labor! Y el «se puede» repítese uno y otro año, difundiendo conformidades optimistas y paralizantes. Y se elabora el tópico ya convencional, el punto redondo, mucho más cómodo que el conjunto de interrogantes, paréntesis, comas subordinadas, suspensivas hileras de puntos...

Se puede ordenar aquello, investigar esto, implantar un cultivo, levantar esta construcción, erigir aquella fundación, disponer estas energías... «Se puede», sin que un agudo bisturí crítico rasgue las posibilidades de bambolla y deje en carne viva la efectiva y urgente posibilidad realizable. «Se puede» debe ser sólo efímero paso a «se hace».

«Se puede» no debe ser follaje estéril de la higuera ilusa y complaciente; debe ser razón y madurez, y entonces energía realizadora, no cerrada gusanera de aplazamientos. No es fácil realizar, pero entonces hay que decir «no se puede», o «se puede», si se superan antes tales obstáculos. Realizar; realizar no es cambiar de postura. Cada realización requiere «lo suyo»; a cada reacción química corresponde un potencial; a cada salto de temperatura su rendimiento. Los que piensan que todas las realizaciones dependen de un simple cambio de estado, son modestos personajes deseosos de afirmar: el estado soy yo.

Contra lo potencial, lo funcional. La realización continuada y firme, la ejecución a punto, la marcha serena de la actividad a compás de todas las dificultades y complejidades, la seguida cristalización de lo posible en real. Lo funcional es un «se hace» continuado. Frente al examen totalitario y momentáneo, frente a la oposición decisiva, el merecimiento diario, el fluir del cumplimiento continuo de la finalidad del cargo o nombramiento, el estar en activo. La oposición no puede ser la jubilación de la vida de estudio.

#### CONTINUIDAD, EFICACIA

Sólo en la continuidad hay eficacia. Las obras valiosas no se hacen de un golpe, y sólo la continuidad operante logra realizarlas. De poco serviría hoy la más perfecta instalación científica,

técnica, con los más costosos modelos, si no perdurase el esfuerzo, la continua renovación.

Empezar cada día, ganar cada día. Suprimid hoy todos los títulos de medicina, y mañana seguirán operando los cirujanos, y sólo ellos. Acción, no posición. Hechos legítimos, no derechos fósiles. No parcelar el patrimonio nacional para repartirlo en profesionales. Realidades, no títulos. Ansia de trabajo, no conquista de poltronas y vitrinas. Serenidad, no nervosismo de breves y violentos ejercicios de acceso al refugio, en el que se puede pasar la vida viendo caer el polvo sobre las cosas. Quietud de las cosas cubiertas de polvo. Polvo y sequía. Exceso de sol y falta de agua. Luz sin vida. Falta de sazón y de jugo, de savia movilizadora. Marchitez, agostamiento. Potencial sin acción; posibilidades sin realización. Pararse o girar mecánicamente, con chirrido mecánico, con uniformidad inerte. Ausencia de fuerza, ya que toda fuerza imprime una aceleración. Alejamiento de todo impulso investigador, predominio del «espíritu de cuerpo»: espíritu que se ata al cuerpo, no cuerpo portador del espíritu. Desmedular la ciencia para hacerla administrativa. Panorama desolado, común a profesiones y enseñanzas anquilosadas.

No se trata de buscar efectos de colorido. Ante toda conciencia académica o profesional, debería estar siempre presente esta real y abundante contradicción, cuyos dos términos, sueltos, tantas veces oímos y repetimos: hay exceso de estudiantes, inflación universitaria. Y todo está por hacer.

### TITULOS Y REALIDADES

La lucha triunfadora busca la recompensa del sosiego, y la inquietud vacilante tiende al equilibrio rutinario. Por uno u otro camino se va hacia la esterilizadora quietud. Para realizar una tarea importante, continua, delimitada; para ejercer un tipo de actividad social, se exige una historia, unos antecedentes, unos estudios, una formación. Pero pronto se confunde la formación con la fabricación, la garantía con el título, la condición de

aptitud con su declaración. Pronto se sustituye la activa y diaria capacidad operante por el pasivo documento estático. El «se hace» —ayer, hoy, después— por el «he hecho constar su suficiencia» en tal fecha. El título profesional es necesario y hay que buscar su mayor valoración, resultante de su mayor eficacia. Pero aún las cosas más justas y normales se prestan a la exageración tergiversadora, desviante, grotesca. Un título empieza por ser garantía de capacidad y acaba por ser derecho excluyente de actividad. Y ya la actividad no se juzga por su fruto real, por su existencia auténtica, sino que se da por supuesta si un papel la da por posible, y queda excluida si no está titulada.

La sobrevaloración de lo documental sobre lo real viene a dividir las humanas actividades, no por su naturaleza, sino por el cauce documental que su ejercicio exige, y el título pasa a ser título de propiedad de unas actividades parceladas, distribución de monopolios asignados a las respectivas titulaciones.

Hay profesiones estrictas, concretamente delimitadas, y es lógico que tengan su título. Pero hay actividades que no tienen nada estricto en sentido profesional, y en ellas extinguir competencias es producir incompetencias. Es el mismo terreno de la Ciencia, abierto al puro estudio sin clasificación administrativa, el que se querría ver adserito al título profesional. Y se llevan las cosas a las profesiones, no las profesiones a las cosas. Y el puro interés científico se asfixia y sucumbe entre la pugna de intereses de clase. La clase, la casta, el grupo, la institución, el islote erigido al margen de las corrientes del interés público. La Ciencia, la Verdad, la Patria, a veces la Religión misma, todo lo que sea conjunto, amplitud, totalidad sufre o fenece por la miopía, por la desviación hacia lo pequeño inmediato y personal.

### PROFESION, VOCACION

Un título nivelador enrasa a los profesionales, y el fecundo personal impulso de la vocación se difumina y extingue. Se profesionaliza la vocación cuando urge «vocacionar» la profesión.

El nacionalismo particularista y antiecuménico, el partidismo excluyente y antiintegrador, la entidad meritoria pero dominada por la soberbia colectiva, el profesionalismo cuidadoso más de invadir que de servir, la casta edificada sobre la amistad, al margen de la aptitud, el grupo funcional sin capacidad de reacción, son focos de perturbación disidente y corrosiva, que abatieron el ideal alto y pusieron la existencia por encima de su finalidad, y así sustituyeron la colaboración convergente por la pelea disociante, la radiación paralela del foco en el infinito por interferencias y quebraduras y diferencias de camino en que la luz se extingue. No interesa la acción, sino el sujeto que la realiza; la persona, no la obra; la minuciosa contabilidad del *do ut des*, no el acorde operante y transformador; el apuntarse tantos, no el apuntar al todo; el revertir la acción de vuelta hacia sí mismo en vez de ofrendarla en pleno entregamiento.

Entonces se busca la nimiedad diferenciadora: formar rancho aparte y coto cerrado, aunque el coto no tenga tierra fértil ni el rancho sustancia efectiva. Para esto van bien los sustitutivos.

Sería fácil crear estudios artificiales si a ellos se les diese legalmente una utilización oficial. Esto se haría con frecuencia si el Estado atendiese tantos planes y peticiones de creación de cuerpos cerrados y excluyentes. Pero así se crearían zonas enrarecidas, sin subsistencia natural. Hace falta que ningún trabajo profesional esté exento de contenido. La burocracia, la pedagogía y la bibliografía son grandes perturbaciones cuando, rebasando sus límites y su carácter de método y de cauce, pasan a ocupar papel de sustancia y contenido.

Para saber enseñar hace falta tener cosas que enseñar. Pero a veces el cauce se erige en caudal, y cuando el cauce es caudal, el río está seco. Y la burocracia se hace mecanismo sin jugo, osamenta sin nervio. Y la bibliografía se deslía en fichero.

El gran problema es alumbrar zonas fecundas, cultivar diversidad de aptitudes.

### DIVERSIDAD DE ENSEÑANZAS

Debe ser materia de reflexión honda —alejada de utópicas ligerezas— el carácter de las enseñanzas por las que se obliga a cruzar a los jóvenes. Hay —para las distintas aficiones y aptitudes— enseñanzas que se cruzan y enseñanzas que se adhieren, penetran e impregnan. Hay enseñanzas vivas y armatostes convencionales. Toda enseñanza es valiosa y viva, pero no para todos. La inadecuación, la discordancia, hace que lo que para unos es vital para otros es carga inerte.

«... los que son rudos en una ciencia —escribe Huarte de San Juan— tienen en otra mucha habilidad, y los muy ingeniosos en un género de letras, pasados a otras no las pueden comprender.

Yo a lo menos soy buen testigo en esta verdad. Porque entramos tres compañeros a estudiar juntos latín, y el uno lo aprendió con gran facilidad y los demás jamás pudieron componer una oración elegante. Pero pasados todos tres a Dialéctica, el uno de los que no pudieron aprender Gramática salió en las Artes un Aguilcaudal, y los otros dos no hablaron palabra en todo el curso. Y venidos todos tres a oír Astrología, fué cosa digna de consideración que el que no pudo aprender Latín ni Dialéctica, en pocos días supo más que el propio maestro que nos enseñaba, y a los demás jamás nos pudo entrar. De donde, espantado, comencé luego sobre ello a discurrir y filosofar, y hallé por mi cuenta que cada ciencia pedía su ingenio determinado y particular, y que sacado de allí no valía nada para las demás letras.» (*Examen de ingenios*. Alcalá. Antonio Vázquez, 1640, fol. 33 v.)

El simplismo convierte lo complejo y diverso en general, no mediante un alarde de síntesis, sino contando con todas las reducciones, anquilosamientos, podas y devastaciones precisas. En esta continua pugna entre las realidades complejas y los entendimientos simplistas brotan las fórmulas de panacea, elaboradas sobre el tópico.

La limitación es carácter esencial de lo humano; limitados en todo: en duración de vida, en extensión de conocimientos, en án-



gulo de visión, en capacidad de trabajo, en aptitud. Y la limitación impone la diversidad; diversidad en todo: en dirección, en magnitud, en idoneidad de actividades.

El amplio campo de la sociedad ofrece riquísima flora; crecen y fructifican multitud de especies con toda su variedad de formas y estructuras, anatomías y colores. Sería triste y pobre roturar toda espontaneidad e implantar un único cultivo.

La vida engendra diferenciación. Una sociedad ha de tener riqueza y variedad de profesiones, y en éstas, riqueza y variedad de direcciones.

Hay que poner en acción toda la potencia de cada profesión y desplegarla en fecundidades, no momificarla en rutina o estrecharla en polarización exclusivista.

#### NUESTROS ESTUDIOS DE CIENCIAS

En las varias modificaciones de planes de estudios que se establecieron en la Facultad de Ciencias se advirtió la necesidad de cultivar las zonas comunes a las secciones establecidas: exactas, físicas, químicas y naturales, y se crearon puentes de ciencias físico-químicas; no se pensó, sin embargo, en las ciencias químico-naturales.

Los químicos se sienten atraídos por la profundidad doctrinal, y, rebasada la fase analista, que muestra la composición de las distintas materias y reduce la variedad asombrosa de compuestos y especies químicas a un número muy limitado de elementos, se dedican a ver, no ya lo que hay en la materia, sino cómo está, cuál es su posición, su situación energética. Y la Química se hace Física.

Y junto a esta dirección, que pudiéramos llamar generalizadora y filosófica, viene la otra de las aplicaciones, cada vez más concreta y especial; la de la técnica, cada vez más alambicada y prometedora de utilización inmediata.

Un pensamiento hacia un interior generalizador o hacia un exterior de aplicación química: Química física y Química técnica;

pero por los estudios químicos apenas ha pasado el aliciente ni el atractivo que resulta al proyectarlos en los fenómenos naturales y al enfocar económicamente los fenómenos de la naturaleza. Y desde este frente, desde el lado de los estudios de la naturaleza, todo lo absorbe el morfológico y el sistemático, y poquísimos sienten la necesidad de profundizar en la constitución, de hacer Química.

Y Ciencias químicas y Ciencias naturales se han desarrollado entre nosotros como dos zonas independientes, separadas por un abismo.

Y ahora es ya momento de preguntar: ¿pero es que el geólogo y el mineralogista no necesitan saber tanta Química inorgánica como el químico? ¿Pero es que cuando en los libros de Química se nos habla del estado natural de cada elemento o de cada especie química no se está haciendo Geología y Mineralogía? ¿Pero cabe la Mineralogía sin Cristalografía y sin Óptica, por ejemplo? Y podría decirse lo mismo de la Fisiología y de la Química orgánica y la Bioquímica.

El abandono de esta zona intermedia, que es un territorio natural, que sólo es intermedio y puente desde el punto de vista artificial de la clasificación científica, ha producido consecuencias depresivas.

Afortunadamente existe una carrera que, aparte de su carácter profesional, engloba unos y otros conocimientos y es al mismo tiempo química y naturalista, carrera verdaderamente de Ciencias químiconaturales; carrera que, difundida por toda la realidad territorial y humana del país, percibe toda la amplitud y la delicadeza y el detalle de los problemas de la vida de las urbes y de la vida rural. Hay que intensificar este carácter y hay que otorgar a nuestros estudios de formación toda la dotación científica que las Ciencias químiconaturales son capaces de aprovechar.

#### VALORACION DEL ESTUDIO

¡Estudiar! Estudiar no puede ser una idea amorfa, un lirismo sin dirección. El estudio no puede ser una labor hecha a troche

y moche, prescindiendo de la naturaleza del suelo, prescindiendo del carácter de la disciplina.

Es lamentable roturar terrenos sin fertilidad, gastar el esfuerzo en zonas de rendimiento mínimo o nulo. Y esto no sólo por criterio utilitario, sino porque la fecundidad es expresión de vida, y donde hay vida hay convergencia y adecuación y signos de verdad. Porque el error conduce a trastornos de enfermedad y la verdad reverbera en raudales de vida.

### ACTUAL DESARROLLO DE LOS ESTUDIOS QUIMICONATURALISTAS

Cuando se considere en conjunto la enorme labor desarrollada por el Ministerio de Educación Nacional del nuevo Estado, aparecerá, entre otras muchas actividades, ese sector de desarrollo, la convergencia de lo químico con lo naturalista.

En la organización de la investigación científica han crecido y se han constituido Institutos de Ciencias Naturales, algunos de enorme contenido químico: investigaciones biológicas, geológicas, estudios de genética, farmacognosia, edafología, parasitología, entomología.

En la reforma universitaria, el anticuado plan de la Facultad de Farmacia abre camino al desarrollo de actividades científicas olvidadas, principalmente en este sector quimiconaturalista, y la Biología se enraiza y se remonta en contactos químicos y en aplicaciones dilatadas.

Existió una oasión incidental en la que el universitario recibió la extraña invitación a ocuparse de una materia proscrita de nuestra docencia universitaria, porque el licenciado en Ciencias pudo ser catedrático de Agricultura.

Algún día se podrá apreciar la trascendencia de que hayan podido existir en España catedráticos de Agricultura en los Institutos; la trascendencia —y no pienso en otros aspectos— de decir a una pequeña fracción de universitarios que, además de Filosofía, y de Historia, y de Matemáticas, y de Geología, y de Medicina, y

de Derecho, pueden dedicarse a estudiar Ciencias naturales, si son químicos, y Ciencias químicas si son naturalistas, para poder alcanzar una cátedra de Agricultura.

Pero si esa coyuntura desapareció, no debemos aspirar a restaurarla. Desapareció por débil, por suelta y aislada, y hay que procurar que no vuelva con esos caracteres. La Agricultura tiene un interés considerable en la enseñanza media. Porque hay que hacer claridad en este punto. ¿Se puede sostener que sólo es formativo lo que tiene valor de tránsito preparatorio, y no cabe encontrar enseñanzas en que se fundan su utilidad propia con su valor de preparación formadora?

Rechacemos el ataque a cuanto los hombres inmediatos pueden considerar inútil; pero, ¿podemos ir al extremo contrario y negar a lo útil capacidad formadora?

El tren docente recorre un trayecto medio que lleva a las estaciones de término de los estudios superiores. Pero, ¿no podrán encontrar algunos en ese trayecto su estación final?

El nudo de la cuestión que urge aclarar es éste: ¿puede haber un trayecto que sea a un mismo tiempo tránsito para unos y término para otros, formativo para estudios superiores y también de aplicación próxima, o son incompatibles ambas directrices?

### VALOR FORMATIVO DE LA AGRICULTURA

En otra ocasión nos hemos referido al valor formativo de las más diversas Ciencias. Ahora sólo nos interesa señalar que la Agricultura ofrece una integración vitalizada de las cuestiones planteadas en las Ciencias naturales y experimentales. Esto le da hondura y vigor pedagógicos.

El fracaso de muchas maneras de enseñar está en el predominio de un hermetismo libresco, falta de vitales ventilaciones del ambiente. Las cosas aparecen disecadas y proyectadas en un plano. No se enfocan desde distintas posiciones.

Dar vueltas a las cosas tiene un gran valor formador. Aprender es fijar, y todo aprender se resiente de estático. Como el hom-

bre es materia y espíritu, el que aprende toma no sólo el concepto vibrante, sino unas cuantas prosaicas adherencias. Ese muchacho que sabe una lección ante una pregunta que está contestando, recuerda aquellas líneas situadas en aquella página, y aquel detalle tipográfico, y unas cuantas menudencias corpóreas ajenas al espíritu límpido del tema. Esta materia se liga a este capítulo; esta disciplina, a este libro, a esta lámina, a este profesor, a esta aula. El fichero mental se consolida y va quedando dispuesto para que al oprimir la pregunta *m* del programa *n*, aparezca inmediatamente la ficha. El conjunto es un muestrario de conocimientos. Pero falta no ya el enlace, la articulación, sino la interpretación, el ver una cosa desde otro sitio, el ver las cosas desde distintos sitios, o —si nosotros somos el punto fijo— el hacer dar vueltas a las cosas. A través de esa traducción latina vuelve a aparecer una página de Historia antigua. Ese tema de Física moviliza un amplio aparato matemático. Ahora se ven las mismas cosas en otro ambiente, desprendidas de su accidental presentación. Lo de allí y lo de más allá, y lo de aquí, vienen a resolver este problema, a iluminar este texto. Los conocimientos superan su primitivo carácter y son ya dóciles a la agilidad mental.

No basta aprender: hay que manejar lo aprendido; hay que familiarizarse con los conocimientos, darles un tono vital: *asimilarlos*. Toda ciencia es producto de largas destilaciones lógicas; es una transacción obligada entre los hechos dispersos y el esquema mental, que busca interpretarlos. Por esto, pedagógicamente, tiene demasiado de esencia, de esquema, de osamenta que necesita vestirse de carne. Hechos, aplicaciones, prácticas, problemas, traducciones, ejercicios. . .

La Agricultura es maestra en estas movilizaciones. La Agricultura está pletórica de utilidad; pero, además, es valiosa educadora de la mente. Exige continuas convergencias científicas, ver esto en aquello, aplicar diversidad de conocimientos; y ¿qué es lo aplicado, sino lo puro en acción, lo puro plasmado en concreciones vertebradas?

La Agricultura exige amplitud de visión, tener muchas cosas

presentes, y la inteligencia alcanza más altura cuanto mayor es su capacidad de presencia. El estratega distribuye en su mente armas, hombres, provisiones, lugares; ordena clima, geografía, masas, convoyes, provisiones, reacciones... El estadista conjuga los más varios integrantes políticos, sociales, económicos. Y el investigador analiza, explora y sintetiza los grandes panoramas científicos. Todo lo humano es limitado. Y sólo en la infinita perfección divina se da la total presencia de las cosas.

### SIGNOS DE OPTIMISMO

Hay que levantar la esperanza cuando se advierte cómo las Ciencias químiconaturales son objeto de destacada atención en el cuadro de la investigación científica, y arraigan y crecen en la Universidad, y basta observar esta trayectoria para pensar que llenarán una misión en la enseñanza media.

Ya puede proclamarse en las Academias la crisis de los intelectualismos idolátricos, contornos sin área, líneas sin entraña. Hay cosas que sólo se comprenden si se viven. Y la vida rural española no la entiende quien sólo la conoce reflejada en asfaltos.

En todo este itinerario de impulsos de las Ciencias más íntimamente ligadas a la vida rural, Ciencias químiconaturales, Ciencias naturales dinámicas, constitutivas, y también morfológicas —¿por qué disociar?—; en todo este renacer de esas disciplinas en Institutos investigadores, en planes universitarios, en enseñanzas medias, en todo este aliento, tan eficazmente otorgado a nuestra Real Academia, se percibe a un Jefe y rector de la Educación Nacional española que conoce y siente la vida del campo español. Asombra la cantidad de cosas que desconocen los puros hombres de ciudad. De aquellas tierras turolenses han salido visiones amplias y conjuntas, voces patriarcales y anhelosas, como aquellas de don Juan Pío Membrado, conocedor del ambiente español en todas sus situaciones («he vivido —decía— mucho en capital, mucho en pueblo, mucho en el campo; tres muchos que dan la triste suma de mis canas»). Voces que eran recriminación, tristeza, rebeldía, y que

hoy son serias iniciativas y obras en marcha, gracias al firme y sólido entusiasmo de don José Ibáñez Martín, por encauzar en rutas biológicas, agrícolas, trabajo científico y tarea docente.

En muchos aspectos y problemas y actividades se ha señalado una oposición entre la ciudad y el campo, entre las grandes concentraciones humanas y la población dispersa, entre una vida urdida con estrechos retazos complementarios y la anchura poco diferenciada del ambiente rural. Si queremos operar eficazmente hemos de abordar cada uno la parcela de actividades cuyo cultivo nos está confiado, sin tratar de perdernos en generalizaciones o expansiones desorbitadas.

Y nuestra posición y nuestra profesión ofrecen un sector de enorme transcendencia para salvar ese abismo; si nosotros pudiésemos proyectar el realismo de la vida rural en la cátedra, habríamos conseguido un entronque trascendental entre dos tipos de población que andan muchas veces disociados, sin entenderse, bajo un mismo cielo y sobre un mismo territorio patrio.

#### SITUACION DE NUESTRA PROFESION

Las profesiones científicas no son vaciados rígidos e inadaptables; pero hay quienes gozan en confundir lo diferente con lo opuesto, y sobre los tonos varios del matiz edifican contrastes y divergencias.

La profesión farmacéutica ha alcanzado cambios considerables, muchas veces expuestos y comentados. Sería superfluo insistir en las causas que han determinado un descenso en el tono del ejercicio profesional. La invasión abusiva del específico comercial de una parte, y de otra el desarrollo enorme de la gran industria farmacéutica, convergen en un proceso de concentración productora en el que se extingue la personalidad y la manera individual. Profundo tránsito que no debe mirarse con negativa lamentación y romántica añoranza, que a nada conducen; porque junto a lo que tiene de decadente y condenable sustituir enteramente la preparación por la fabricación, hay también progresos y avances, cami-

nos dilatados de un nuevo ejercicio profesional, perspectivas amplísimas de una actividad farmacéutica profunda y complejamente científica.

Pero los estudios farmacéuticos tienen, además, otras posibilidades. Y junto a la concentradora industrialización de los productos farmacéuticos no hay que orillar todo el campo de acción que la dispersa vida rural presenta.

En cierto modo puede decirse que es el hombre, su contenido espiritual, el que crea la profesión; no la profesión la que esculpe al hombre. Poned en los pueblos de España unos cuantos farmacéuticos que apliquen la lente rectora de su entusiasmo a focalizar los rayos de una formación químiconaturalista en los problemas que los rodean, y habréis creado una viva y fecunda profesión.

#### AMPLITUD CIENTIFICA

Junto a aquella curiosidad científica que se interesa por lo remoto y apartado, dejemos crecer el afán intelectual por lo próximo e inmediato. El rango científico no lo da la lejanía del objeto, sino la perfección del enfoque. No sería hacer ciencia recorrer sólo con criterio pedestre las calles inmediatas a nuestra casa, y excluir lo demás para relegarlo a un despreciado archivo de «cosas raras»; pero no caigamos en el defecto opuesto, edificando ciencia sólo con «cosas raras», excluyendo como objeto de ciencia cuanto es visible para el vulgo.

No se delimita el carácter científico del objeto porque caiga dentro o fuera del campo de visión de las gentes, sino por el poder de penetración con que se observa.

Si a un alumno de enseñanza media le nombramos el calcio, seguramente piensa antes en una obtención complicada, que no ha visto, que en el yeso o la caliza que tiene ante la vista. El número de personas que tienen idea de lo que es Endocrinología es probablemente mayor que el de las que tienen idea de lo que es Bromatología. La Petrografía sedimentaria se está desarrollando muy posteriormente a la eruptiva. Por eso el geólogo norteameri-



cano Twenhofel reprochaba a sus colegas que mientras se preocupaban de las rocas eruptivas no atendían las formaciones sedimentarias, que acaso tenían frente a la puerta de su casa. Esta fecunda formación, que es el suelo, se consideraba como la envoltura molesta de lo interesante subyacente.

Sembremos pasión por un estudio que no excluya lo que está en el ambiente. Hagamos también ciencia con lo que nos envuelve. El científico no es sólo el explorador que habla de regiones difícilmente accesibles, sino también el geógrafo que describe la tierra propia visible. Quién es más científico lo dirá el ángulo y la hondura de la visión, no la distancia de la región expuesta.

La cátedra tiene un contenido específico y unas condiciones generales. La cátedra no es una diaria ascensión en globo-sonda para perderse en las corrientes atmosféricas del pensamiento en boga. La cátedra ha de pisar la tierra y ha de tener vida, y la vida es práctica. La vida es resultante de coordinar muchas posibilidades, de enlazar aspectos diversos, de atar muchos cabos. Es la presencia simultánea de muchos factores y de muchas condiciones, mezcla de ajuste y de holgura, de movimiento y de constancia, de variación y de fijeza, de armonía y de contraste. La vida es adecuación, concordancia, ecología. Y esto necesita la cátedra. No se trata de enseñar musarañas ni de desplegar al viento ostentaciones vacías, sino del rígido y cordial servicio de una finalidad, de una dirección.

### LAS CATEDRAS DE FARMACIA

La cátedra no debe ser una constante, al margen de un contenido escolar, independiente de quienes la viven, como un deshumanizado fluir de conceptos. Ni ha de ser producto ni negación del ambiente. Ha de tener un principio interno y un medio biológico; una intrínseca razón de ser y una situación, una energía de posición.

Posición científica admirable la de las cátedras de las Facultades de Farmacia de España. Partiendo inicialmente de una fina-

lidad sanitaria, como de un pedagógico centro de interés, van desplegando un solidario desarrollo químiconaturalista, que abre ventanales a campos que apenas recibieron atención desde otras posiciones, pero que están abiertos a todos y que nadie intenta cercar.

Posición geográfica admirable la de las cátedras de las Facultades de Farmacia de España. Madrid, la capital, llena de posibilidades, y por eso más llena aún de responsabilidad; Barcelona, en todo grande: urbe y campo, montaña y mar, técnica y tradición, remansos de historia y explosión de actualidad. Pero dejemos las dos ciudades gigantes, tantas veces ponderadas, y pensemos en Granada, la impresionante, la fina, la única, la culta, no a fuerza de históricos títulos esculpidos, o por esa sencillez intuitiva de quienes no han estudiado y saben tanto; ni artificio ni sencillez, magnitud sin alarde; las mayores alturas, suavemente accesibles; nieves perpetuas sin jactancias alpinistas; cumbres sin brutalidad; y al lado, dulzura de vegas soleadas. Sensibilidad intelectual, suave educación, suma fundida de muchas cosas, finura expandida en grandes panoramas de la naturaleza y del espíritu.

Y pensemos en Santiago. Aquella España granítica, húmeda, atlántica, maíz y bosques, pesca y ganado, rezumar continuo de vida en todo, tiene en Santiago la más firme constante. En aquel bloque de unidad, cualquier detalle dice la misma afirmación. El bullicio de las cosas y de las opiniones confunde y atolondra, y al confuso y atolondrado le dicen que ha oído campanas y no sabe dónde. Pero si esas campanas son de Santiago, de su alta torre de granito, dorada por los líquenes, gris por los siglos, no cabe confusión. Si resuenan en su plaza enlosada, frente al convento de San Pelayo, o entre la espesura de las construcciones entrelazadas por soportales, son tan hondas, tan firmes, tan serenas, tan altas, que no engañan. Abajo, cada día agitará las mudables y bullangueras campanillas, las que se oyen y no se sabe dónde; pero de lo alto de la torre seguirán cayendo a su tiempo, sin prisa ni retardo, las campanadas firmes, serenas, que hablan a los romeros del mundo.

En esos cuatro puntos —Madrid, Barcelona, Granada, Santia-

go— se forjan los farmacéuticos, que luego se derramarán con arraigo y fijeza por las tierras de España.

Y esta es la idea que quería traer a vuestra consideración.

Debía agradeceros muy sentidamente el haberme llamado a esta Real Academia de Farmacia, que, aunque llena de historia, vive cada día en ansia de merecimiento. Y me encontré con el deber de escribir, para este ingreso, una lección. Y pensé que si el profesor universitario tiene obligaciones de enseñanza y de investigación, también debe pensar alguna vez no sólo en su asignatura, sino en el carácter y en el modo y en la finalidad de sus enseñanzas; no sólo en sus lecciones, sino en sus alumnos; no sólo en el medio, sino en el fin.

#### PENSAR EN LOS HOMBRES

Una subversión de finalidades hace palpar al mundo en catástrofes. Muchos hombres de ciencia podrán hacer el balance de su vida laboriosa y decir: he viajado mucho, he explorado mucho, he conocido los plegamientos y los fósiles, las tribus entomológicas y asociaciones vegetales de tal región; me preocupó la familia botánica o el grupo zoológico de aquella zona; pero no llegué a pensar que allí había hombres, que allí vivían almas. Cruzando a través de una sociedad con necesidades de todo orden, si vi algo en el hombre fué un factor económico, favorable u hostil, estorbo o ayuda, competidor o aliado. Y así surgió una civilización de carbón, acero, caucho... Ligada a ella vi la ciencia como servicio técnico de la economía o como decoración placentera. Y las cosas no fueron para el hombre, sino el hombre para las cosas.

Hay que preocuparse de la ciencia, pero hay que preocuparse también de los hombres.

El vínculo entre la Universidad y la vida de los pueblos de España ha de ser algo más consistente que una transmisión o un enlace. Ha de ser un hogar, como esta Real Academia, en la que alcanzan confluencia problemas nacionales y científicos y servicios de la Farmacia. Entre sus tareas podía abordar ésta.

Pensad hasta qué punto las posibilidades de la vida de los campos de España pueden ser puestas en acción y en crecimiento por unos farmacéuticos que lleven su formación científica a los problemas que los rodean, que puedan hacer ciencia con estos problemas. No es coincidencia casual el hecho de la elevada participación que tienen en las cátedras de Farmacia personas procedentes de los pueblos de España, conocedores íntimos de sus problemas; farmacéuticos que han vivido y viven la auténtica vida española de pueblos y aldeas, aquella realidad continuada y tranquila, fecunda y silenciosa, curva biológica de los hechos naturales.

Mañanas de septiembre en las aldeas de Castilla; caminos entre calzadas de piedras sueltas; mulos cargados de arados y de estiércoles. Otra vez a desmenuzar la tierra, polvo ya de erosiones, y a agregarle desechos y residuos; alguien tomará lo que otro aparta; desechos y residuos de plantas y animales, pasto de microbios; y allí, en aquel compenetrado desmenuzamiento de la tierra y de la vida, caerá la semilla para destruirse también y ser fecunda y dar pan. Allí aprendió el farmacéutico que para ser fecundo no basta caminar a zancadas sobre conceptos amplios y visiones generales, sino que hay que adentrarse en el pormenorizado desarrollo de las cosas. Hacer fecundo el polvo haciéndolo medio de cultivo para la vida. Una vida y un medio de cultivo; un ideal y una competencia laboriosa a su servicio.

Un ideal alto, tenso, constante. Los que reptan tienen la mutable temperatura del ambiente; propio es de los que vuelan la más alta temperatura constante.

Constancia de temple de nuestros campos, exaltada por el Caudillo, cuando dijo a los leoneses:

«Las páginas mejores de nuestra Historia fueron escritas por nuestros aldeanos, de expresión robusta, de corazón tenaz, que llevaban la grandeza de España en la frente y sabían morir como murieron vuestros hijos, como murieron vuestros hermanos, unidos y apiñados por una bandera, que es la grandeza de España.»

# LA REFORMA ITALIANA EN LA ENSEÑANZA

Por CESARE A. GULLINO

UNA de las características más destacadas del régimen mussoliniano, que en los últimos veinte años ha renovado enteramente a Italia, es que representa la realización progresiva de reformas que abarcan toda la vida nacional y constituyen una verdadera revolución desde arriba, o sea, una revolución constructora en la que se fundan armoniosamente los ímpetus de renovación con la ponderación y la conservación de los valores permanentes, asegurando la máxima eficacia con el desgaste mínimo y sin alternativas extremistas que agotan las energías de los pueblos en conatos estériles.

Quizás esta fisonomía peculiar de la obra mussoliniana, su capacidad de modificar profundamente las condiciones preexistentes sin cegar las fuentes perennes que las crearon y sin renunciar a conservar de ellas cuanto pueda ser útilmente aprovechado, tenga que atribuirse a la preparación profesional de Mussolini como maestro de escuela elemental para la que había adquirido los fundamentos de la cultura—que su genio privilegiado desarrolló después de una manera prodigiosa—sin alejarse excesivamente de la vida práctica de la acción cotidiana.

Este equilibrio entre la tendencia intelectual al análisis, que embota el impulso para la acción y el sintetismo espontáneo que impide que ésta sea convenientemente dirigida y contenida, se refleja también en la reforma italiana de la enseñanza, que despertó recelos y prevenciones en los campos más opues-

tos de los intelectuales y de los hombres de acción, hasta que los resultados vinieron a demostrar que se trataba de una síntesis feliz y fecunda, superior a todas las previsiones y disquisiciones teóricas y abstractas.

A este feliz resultado contribuyó de una manera preponderante la superación de los prejuicios liberales referentes a la religión, que, bajo el pretexto de la libertad de enseñanza, en realidad descuidaban uno de los factores más conspicuos de la educación y de la cultura.

La primera finalidad de la reforma italiana de la educación consistió en restaurar la fe en las fuerzas espontáneas del espíritu, asignándoles como finalidad la formación de la personalidad individual sin la preocupación de reducirla a un patrón uniforme y enciclopédico, porque solamente así el espíritu queda verdaderamente libre y puede alcanzar las cumbres más elevadas.

Mientras que en los regímenes liberales y demagógicos la educación era considerada desde un punto de vista utilitario, como instrumento para conseguir títulos y diplomas de valor esencialmente teórico, pero que eran esgrimidos en la lucha económica, la reforma mussoliniana de la educación se propuso restaurar el valor de la auténtica cultura, y la actividad cultural, actualmente intensísima en Italia, a pesar de las circunstancias adversas de la guerra, demuestran hasta qué punto el resultado propuesto ha sido conseguido.

Por un lado, se ha elevado y perfeccionado la personalidad conciliando la escuela con la vida, y, por el otro, se ha contenido al individualismo atomizador característico del liberalismo simplista, que al exaltar las formas abstractas de la cultura y sus manifestaciones esporádicas y desligadas de toda disciplina moral agotaba su eficacia.

En el actual período histórico, con su dinamismo característico, que en algunos momentos alcanza un ritmo vertiginoso de paroxismo, es necesario evitar tanto la agitación incompuesta de los inadaptados cuanto el retraimiento anacrónico y estéril

de los rezagados: la educación moderna tiene que preparar a las jóvenes generaciones a mantenerse en contacto estrecho y fecundo con la realidad para domeñarla.

Para que Italia pudiera intervenir tan intensamente en la vida internacional de los últimos veinte años, hasta desafiar al poderoso Imperio británico, sacudiendo su tutela interesada a tan poca distancia del resurgimiento de la nación italiana, era necesaria una cultura renovada de más amplios horizontes y de mayor vitalidad interior.

El intelectual, que no se renueva continuamente en contacto con los problemas que brotan sin cesar al proceder de la Historia y pretende examinarlos desde su mundo de papel, juzga los hechos nuevos con criterios y esquemas anacrónicos e inadecuados, mientras que los hombres de acción, capaces de torcer en un momento decisivo el curso de la Historia, necesitan luego una educación y una cultura que les permita comprender y domeñar virilmente a las fuerzas históricas que actúan en la vida de los pueblos.

La nueva educación italiana entiende conservar y exaltar todo el poder constructivo de la inteligencia y de la cultura conjugándola con el ímpetu del sentimiento para que la acción resulte vigorosa y fecunda, aunque contenida en un marco ético y moral adecuado para su eficacia.

No cabe duda de que con la reforma de la educación Italia se ha acercado más al espíritu de su sino histórico, lo que le ha permitido multiplicar sus energías y alcanzar resultados que hace unos años se estimaban poco menos que utópicos.

# EL LAICISMO Y LA EDUCACIÓN RELIGIOSA EN BOLIVIA

**S**E está estudiando en Bolivia el proyecto de Estatuto orgánico de la Educación. En la exposición de motivos a dicho proyecto, el Director general del Ramo hizo un amplio informe explicando su voto favorable al artículo 110 de dicho proyecto, en el que se contiene una declaración expresa sobre la autorización de la enseñanza religiosa a los establecimientos particulares, de acuerdo con el artículo 20 de la Constitución.

En efecto, la Constitución boliviana reconoce como religión del Estado la católica, apostólica, romana, y el artículo 156 faculta a los establecimientos particulares para la organización de dicha enseñanza.

El Director general, en un informe de gran trascendencia, fijó sus puntos de vista sobre el problema del laicismo y la educación religiosa. Su opinión era absolutamente favorable a que los establecimientos particulares pudieran dedicarse a la enseñanza religiosa. Su opinión era tanto más importante cuanto que se trataba de la opinión de un laico.

Por la gran trascendencia que el juicio de un espíritu no católico pueda tener cuando se proclama abiertamente partidario de la enseñanza religiosa, la REVISTA NACIONAL DE EDUCACION transcribe a continuación el texto íntegro de dicho informe.

*«Comienzo por declarar —dijo el Director general del Ramo— que personalmente he sido partidario del laicismo. He creído y creo todavía que el hombre es capaz de mejorarse por la cultura, por la comprensión de sus derechos y deberes, por la práctica de*



*la fraternidad y el cultivo del amor. Pero la experiencia de más de treinta años de enseñanza laica, con los resultados lamentables que ahora contemplo en la baja de la moralidad del pueblo y en la falta de ideales superiores, en sus juventudes y hombres públicos, ha cambiado mi criterio. Mientras se mantenga el pueblo en la ignorancia, con un 85 por 100 de analfabetos; mientras no tengamos un Magisterio preparado científicamente; mientras no tengamos maestros nuevos por el espíritu y la técnica; maestros convencidos de que el fin supremo de la educación es el perfeccionamiento moral; maestros que den el ejemplo con su propia vida y su consagración a la escuela y al niño; maestros que aprovechen todos los momentos, todas las circunstancias y todas las materias, para formar la conducta del educando, no podrá prosperar la educación laica. Entonces, es preferible educar al niño dentro de la Religión, que tiene una moral definida, y no fuera de la Religión, que lleva únicamente a la satisfacción de las necesidades materiales de la vida, sin reparar en los medios ni pensar en las consecuencias, mucho menos, en los propósitos espirituales de la existencia.*

Para muchos, parecerá extraña la introducción de la primera parte del artículo que comentamos en un Estatuto que aspira a una transformación radical de la Enseñanza. El laicismo, se dirá, es un principio de tolerancia para todos los credos religiosos, a la vez que una consagración del respeto que merece la personalidad en formación del educando.

*Desde luego, si de una parte el Estado reconoce y sostiene una religión, no se concibe que de otra propenda a que los habitantes no tengan ninguna. Hay que ser consecuentes con el principio constitucional o ir a su reforma, separando la Iglesia del Estado. El laicismo aplicado a la educación en nuestro país, en vez de cultivar la neutralidad de ésta, el respeto a todas las creencias, la ha vuelto atea, por haber proscrito a Dios de la Enseñanza. Y este subterfugio ha traído la crisis moral que sufrimos.*

Después de la primera guerra europea, Rafael Altamira ex-

clamaba: «Todos los días nos quejamos del enorme déficit que la educación moral presenta en el mundo. La intelectual y física han obtenido grandes progresos en la mayoría de las ocasiones; pero junto a ellos, el vacío de la parte ética se acusa con mayor gravedad. Salvo pequeños oasis de generosidad, que son un milagro de resistencia, cada vez los hombres parecen, en sus relaciones individuales y sociales, más egoístas y duros para con el prójimo, más impenetrables a la piedad y al ya lejano filantropismo. Acentúase el mal en unas naciones —las de escasa cultura y hosco individualismo— más que en otras; pero en todas es visible y amenazador. El corazón se endurece en los momentos mismos en que, para las más altas cuestiones de organización de política internacional, los ideales humanitarios pugnan por abrirse camino. Pero si no empezamos por ser dulces, considerados, piadosos para los seres que nos rodean, y en especial para nuestros iguales, los hombres, ¿cómo hemos de pretender que cuajen organizaciones de paz, cuya base sólida ha de ser interna, de buena intención y sentimiento de justicia?»

«Bien considerada, la bondad es una justicia, la primaria, la elemental, que debemos a nuestros semejantes y a los animales mismos. Pero la bondad no puede florecer en espíritus ya cristalizados. Hay que sembrarla en los corazones nuevos. El lugar de sembradura es la Escuela.

El problema en nuestro país es aún más agudo. A la educación moral y religiosa se substituyó con la educación científica y enciclopédica que llena el cerebro de conocimientos y dogmas científicos, pero que mata el sentimiento y suprime el ensueño y la hipótesis, tan esenciales para el mismo progreso de la ciencia y de la Humanidad.

*Las virtudes sencillas y hermosas de la moral cristiana, de la santidad del hogar, de la honradez, de la perfección, el celo apostólico de los maestros religiosos para el cumplimiento de los deberes, la consagración a la niñez y el amor a la limpieza, al orden y el embellecimiento de sus planteles, así como los desintereses sublimes y las abnegaciones heroicas, que con sus santos ejem-*

*plos nos legaron nuestros antepasados, han desaparecido ante la moral del estómago y la religión del dinero. Julio Payot, el gran maestro francés que ha dirigido a las juventudes con su moral laica durante cuarenta años, acaba de escribir una formidable requisitoria sobre el «Fracaso de la Enseñanza», y en ella confiesa que no se puede dejar de reconocer los inmensos beneficios del catolicismo, la introducción en el mundo bárbaro del horror por los espectáculos crueles, de la caridad: amaos los unos a los otros; el desarrollo de la dulzura y la dirección de la atención sobre la necesidad de la lucha contra los siete pecados capitales, contra el orgullo, la lujuria, la gula y la violencia.*

Este reconocimiento de los beneficios de la enseñanza religiosa no quiere decir que aprobemos el sectarismo, menos las exageraciones del culto externo, que llegan a cansar a los mismos estudiantes, hasta el extremo de hacerles odiar esas prácticas. Lo que constatamos es que la aplicación del laicismo como tendencia *irreligiosa* y hasta *antirreligiosa*, ha dado lugar a la honda crisis moral que sufre nuestro país y gran parte de la Humanidad.

*La enseñanza laica, que pretende fundar la educación moral en el estudio de la Naturaleza, el respeto de las costumbre de la sociedad y el conocimiento de la verdad, olvida que por encima de la Naturaleza, de la sociedad y de la verdad está el alma del pueblo, representada por la cultura en sus diversas formas: religión, filosofía, patriotismo, literatura, moral, legislación, historia, ciencia, arte, poesía. De ahí también que estos valores creados por la Humanidad constituyan la dirección suprema del proceso educativo, sin que puedan ser eliminados de la Escuela con mengua de la propia alma del niño y de la nación.*

Por otra parte, la ciencia enseña lo que es y la moral lo que debe ser, y la sociedad actual está lejos de ser la sociedad ideal del porvenir, sin egoísmos ni odios, sin prejuicios ni desigualdades sociales.

La educación moral hecha de palabras, racionalizada a base de premios y castigos y fundada en la felicidad relativa de esta

vida, sin un ideal superior, es insuficiente para formar al niño bueno, piadoso, correcto, honrado, verídico y altruísta, porque a cada paso encuentra contradicciones en el bienestar aparente de los bribones y el sufrimiento, también aparente, de los honrados.

En cuanto al respeto que se debe tener a la personalidad del niño, está bien en lo que se refiere al respeto de sus intereses que favorecen su propio crecimiento. Pero entre esos intereses, la psicología no ha descubierto uno que se oponga al conocimiento de los deberes humanos y divinos; y si en el niño al principio no es moral ni inmoral porque no distingue aún el bien del mal, corresponde a la educación formar su moral, desarrollando las tendencias buenas que trae al nacer, anulando las malas, canalizándolas y sublimizándolas con espíritu religioso. De otro modo, sería negar el poder formador de la Escuela que hemos sostenido al explicar los ideales sociales que se plasman mediante la educación.

Por otra parte, la psicología infantil va demostrando que el niño propende a lo maravilloso, a la creencia en un ser superior oculto detrás de las cosas y de los seres, que tiene un vivo interés por las fuerzas ocultas de la Naturaleza. Y ahí están psicólogos contemporáneos como Stanley Hall y Claparède, que sostienen que «el niño es incapaz de someterse a una vida moral sin el auxilio de la Religión». «Hay —dice el primero— en el espíritu cuerdas solemnes que ninguna lección moral puede tocar... La experiencia individual del niño es demasiado escasa para que constituya por sí sola una base suficiente para la educación moral.» Y Claparède añade: «Aun en el supuesto de que la Religión no corresponda a ninguna verdad objetiva, puede ser momentáneamente de mucha utilidad, sirviendo de base y de medio de expresión de sentimientos que, considerados en sí mismos, son muy reales y cuya expansión permite a la personalidad dar un paso difícil en su desarrollo.»

La misma novísima doctrina del psicoanálisis demuestra que los preceptos morales inculcados por la Religión, ya sea en el hogar o la Escuela, forman el rico venero de virtudes del subcons-

ciente, que hace obrar al niño y más tarde al joven y al adulto en forma de hábitos naturales.

*En síntesis, al preferir la enseñanza religiosa a la enseñanza laica hablo en nombre de una educación moral con espíritu religioso, primero, porque lo ético es el fin supremo de la vida, la medida de todos los valores, y después, sólo la fe, esa fuerza misteriosa y profunda que late en la encantadora credulidad del niño, como en el ansia irresistible que siente el corazón del hombre para colmar el vacío inmenso entre la pequeñez del mundo y la grandeza del Universo, podrá salvar a la Humanidad del caos en que se encuentra, sosteniendo como último reducto los valores espirituales de Ariel, ante el triunfo desenfrenado de Calibán.»*

# CRONICAS

## EL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL EN LA FIESTA DEL LIBRO

La Exposición del Consejo Superior de Investigaciones Científicas recogió los códices más representativos de la copiosa y rica bibliografía española.

**U**NA vez más el Ministerio de Educación ha aportado su esfuerzo ímprobo a la brillantez que ha revestido este año la celebración de la Fiesta del Libro, retrasada hasta el primero de mayo, por coincidir el día de Cervantes con la festividad del Viernes Santo. Cuatro puestos callejeros, instalados por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en diversos lugares de la ciudad, recogieron las demandas de numerosos lectores de las interesantísimas revistas editadas por el alto organismo cultural. Causa asombro conocer con detalle el éxito editorial alcanzado por el árbol luliano de la ciencia española en los pocos años de vida. Centenares de soberbias revistas, profundos tratados de investigación, suscritos por los más firmes prestigios de nuestra cultura, han visto la luz pública y han acrecido nuestro rico acervo bibliográfico.

Unida a esta espléndida floración editorial, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas ofreció a los eruditos la interesantísima Exposición bibliográfica instalada en su sede central. Allí se almacenaron los códices más representativos de la bibliografía española: el «Poema del Mío Cid», del siglo xiv:

un tomo de cartas de los Reyes Católicos, con las firmas autógrafas de los Soberanos españoles; la Biblia Políglota de Cisneros; varios autógrafos de Felipe II, y soberbias ediciones de Quevedo, Cervantes, Tirso de Molina, Diego de Valera, Juan de Vergara, Fray Bartolomé de las Casas, Fray Rodrigo de Yepes, Juan de Jáuregui y otros. Al lado de los códices venerados de siglos, el «Diario del Alcázar de Toledo», exponente del valor de una raza, única en el mundo.

Del esfuerzo cultural de esta raza hispana, habló en la sesión inaugural de la Exposición el Presidente del Instituto Nacional del Libro, don Julián Pemartín. Porque nuestra historia de la cultura —«gigantesco arco toral»— se apoya en esos dos pilares de robustez y valentía extraordinarias: el «Cantar del Mío Cid» y el «Diario del Alcázar de Toledo». Entre esos dos pilares España «tendió una áurea cadena de joyas bibliográficas», que el Ministerio exhibió como preciado tesoro.

También la Biblioteca Nacional sumóse gallardamente a la Fiesta, y en una de sus salas reunió manuscritos e impresos de la colección que atesora. Un códice mozárabe, la Gramática de Nebrija, obras impresas en 1643, con las editadas en el actual año, e interesantes libros de Góngora, de Villamediana y otros autores.

Asimismo celebráronse otros actos en los Centros docentes madrileños. Singular realce revistió el de la Universidad Central, donde el Catedrático don Javier Sánchez Cantón expuso una lección maravillosa sobre «El libro ilustrado bajo Carlos III y Carlos IV».

Para la España que resurge, la Fiesta del Libro no es, por fortuna, una efemérides anodina, matizada tan sólo por la vacación escolar. Es cada año ansia de superación en el renacer glorioso de la cultura patria, que, bajo la égida de nuestro Caudillo invicto, ha emprendido con afán el Ministerio docente.

# SE INAUGURA EL NUEVO CONSERVATORIO

Instalado en la calle de San Bernardo, fué inaugurado por el Ministro de Educación Nacional en la mañana del día 16 de mayo.

---

«En los momentos actuales se prepara la creación de una Escuela de Música Sagrada, que lleve a todos los ámbitos de la vida nacional, el hábito cristiano de la nueva España», dijo el Sr. Ibáñez Martín.

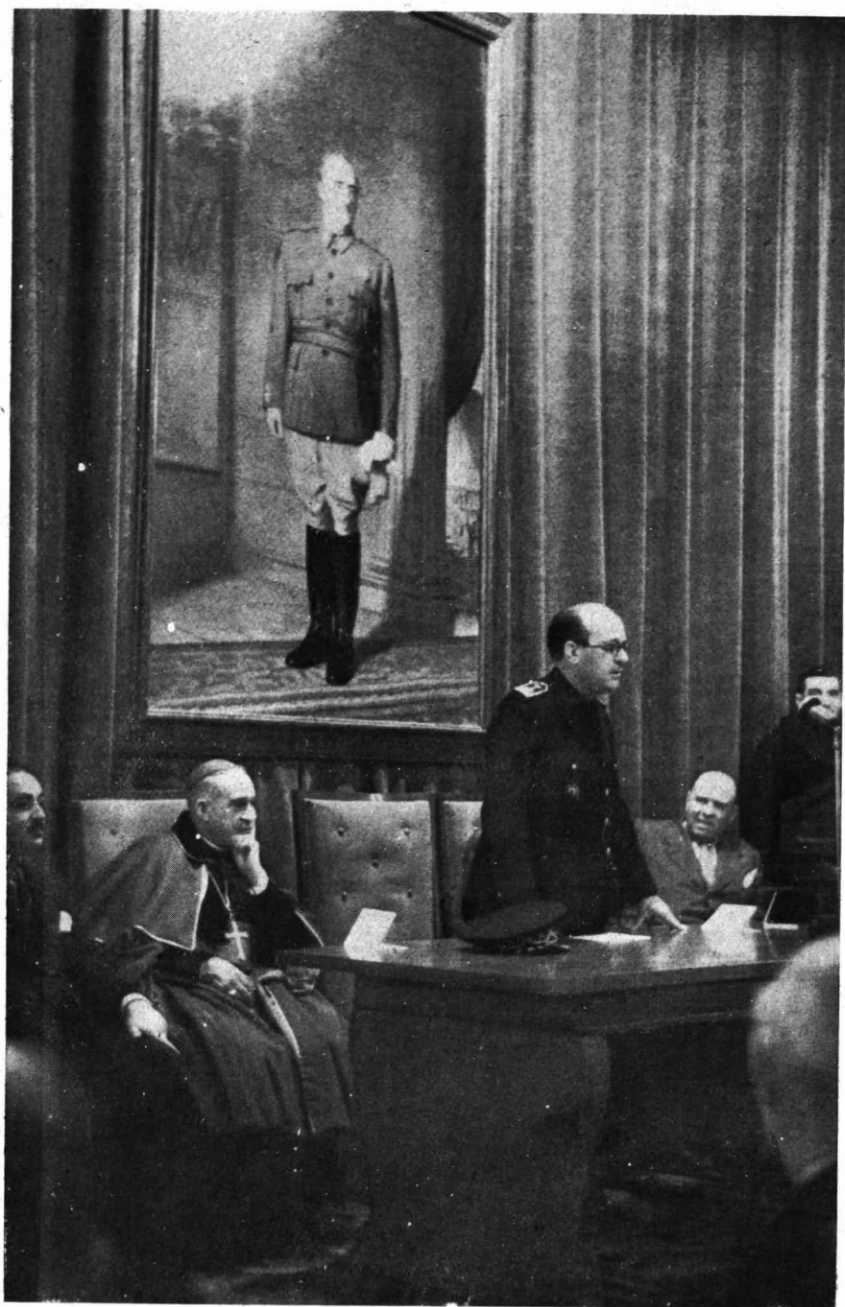
«Es propósito del Ministerio extender por toda España el amor y la emoción del arte musical, en el que también se trabaje con ardimiento por la unidad, la libertad y la grandeza de la Patria», afirmó el Ministro en su discurso.

**E**L Ministro de Educación Nacional, señor Ibáñez Martín, inauguró en la mañana del día 16 de mayo, el nuevo edificio del Conservatorio Nacional de Música y Declamación, situado en la calle de San Bernardo.

Tras una Misa, oficiada por don Norberto Almandoz, Director del Conservatorio de Sevilla, el Obispo de la diócesis, doctor Eijo, bendijo los nuevos locales.

A continuación, en el suntuoso salón de actos, celebróse sesión solemne. Sentáronse en el estrado presidencial el Ministro de Educación, señor Obispo, Capitán general de la Primera Región, Subsecretario de Educación, Directores generales de Bellas Artes, Enseñanza Media, Enseñanza Profesional y Técnica, y Primera Enseñanza; Alcalde de Madrid, Directores de las Reales Academias, Presidente de la Asociación de Cultura Musical y demás personalidades. En las tribunas figuraban el Rector de la Universidad Central, Presidente de los Institutos de Cultura alemán e italiano, Directores de los Conservatorios provinciales y el Claustro completo del Conservatorio de Madrid.





**El Sr. Ministro de Educación Nacional, D. José Ibáñez Martín, pronunciando su discurso de inauguración en el nuevo Conservatorio Nacional de Madrid.**



Un aspecto del salón de actos del Conservatorio recientemente inaugurado.

---

**PALABRAS DEL DIRECTOR  
DEL CONSERVATORIO**

---

El reverendo Padre Nemesio Otaño, Director del Conservatorio, trazó una sucinta historia de las vicisitudes materiales y espirituales del Conservatorio de Madrid. Después de una triste peregrinación por los locales más inadecuados, el Conservatorio de Madrid, gracias al entusiasmo y a la constante ayuda y fe del Ministro de Educación Nacional, cuenta con un edificio modelo, donde no se ha regateado nada. Hemos querido huir del patrón uniforme y desnudo de las aulas; sin privar a éstas de todos los recursos modernos, se ha logrado un tono general, que evoca perfectamente los años de fundación del Conservatorio. Salones, bibliotecas, todo obedece a un afán de comodidad y de estilo. Terminó expresando sus gracias a todos y alentando al Claustro de Profesores para hacerse acreedores de este desvelo continuado con que el Ministro de Educación ha participado en la gran tarea de elevar hasta el máximo el ambiente material y moral de los estudiantes de música.

La Orquesta Nacional, dirigida por el Maestro Conrado del Campo, dió un interesante concierto con obras de los Profesores del Conservatorio, señores Turina, Del Campo, la Parra y Bascuñana.

El Ministro impuso después a los maestros Turina y Cubiles, las insignias de la gran Cruz de Alfonso X el Sabio y la Encomienda, respectivamente. Ambos artistas agradecieron con sentidas palabras la distinción de que eran objeto.

---

**DISCURSO DEL MINISTRO  
DE EDUCACION NACIONAL**

---

A continuación, el Ministro de Educación Nacional, señor Ibáñez Martín, pronunció el siguiente discurso:

«En la ingente tarea restauradora de los valores espirituales de España, que orienta y dirige nuestro egregio Caudillo,

había de ocupar la música puesto de honor. El problema se planteaba al Ministerio de Educación en dos aspectos diferentes, a los que había que atender con igual eficacia y firmeza. Por una parte, se imponía recoger cuantos elementos musicales se hallaban dispersos y ordenar, por otra, con criterio de severa exigencia, su actividad, encaminándola a lograr el máximo esplendor de nuestro arte musical. Con esta finalidad fué creado el Consejo Nacional de Música, presidido por el insigne Director del Conservatorio, reverendo padre Nemesio Otaño, S. J., y como instrumento ejecutivo de dicho organismo, la Comisaría de Música, que había de llevar a la realidad los propósitos de aquél. Consecuencia de la labor realizada por estos dos excelentes instrumentos de acción del Ministerio, fué la creación de la Orquesta Nacional y de la Agrupación de Música de Cámara. La primera, tras ímprobo esfuerzo, incesante desvelo e incansable actividad ha pasado a ser una realidad magnífica, susceptible aún de posterior perfeccionamiento. Prueba de su valor, de su importancia y de su capacidad, ha sido el éxito extraordinario logrado en la reciente excursión a Lisboa, donde en los conciertos celebrados en los mejores locales de la capital lusitana, cubrió de gloria el nombre de España. Idéntico éxito acompañó a la Agrupación de Música de Cámara en su viaje a Alemania, corazón del sentimiento musical europeo, donde alcanzó un triunfo sin precedentes, que, en definitiva, era también un canto a la gloria de nuestra Patria.

Pero el Ministerio no se contentó con ayudar a estas dos poderosas entidades. Ha llevado también su aliento y protección a todos los lugares de España donde existe un orfeón, una orquesta o una modesta entidad que persiga con eficacia el cultivo de nuestra música. Hacia ellos se orienta la política de subvenciones del Departamento, que a todos compensa del abandono que sufrían en regímenes anteriores.

### La reorganización de los Conservatorios

Era necesario, además, perfeccionar, modificando totalmente su estructura y sus fines, los órganos de formación de nuestra juventud estudiosa en el orden musical. Los Conservatorios debían ser reformados en cuanto a sus planes de estudio, a sus medios de trabajo, a sus edificios e instalaciones y a las dotaciones de su personal. Y así en junio de 1942 firmó el Caudillo un decreto que reorganizaba los Conservatorios de España, de acuerdo con los modernos avances de la enseñanza musical en los mejores centros del mundo. Con ello el de Madrid, por su prestigio histórico, por haber sido durante todo el siglo XIX el núcleo generador del movimiento musical hispánico, alcanzaría la categoría de Centro Superior y orientaría, a su vez, las actividades de los demás Conservatorios. Los de provincias, dignificado su personal, dotados todos sus servicios, conseguirían por vez primera ser auténticos centros de enseñanza musical.

Para establecer decorosamente el de Madrid, se adquirió el actual palacio, que con celo igualado el padre Otaño, quien a sus condiciones de músico insigne une las de un organizador extraordinario, ha convertido en albergue digno y magnífico del primer Centro de Cultura Musical de la nación, desterrando para siempre la vergüenza de que un centro de esta categoría arrastrara una vida precaria en locales impropios de la dignidad de la función docente. Para honra del régimen que preside el Caudillo, es hoy motivo de honda satisfacción incorporar una obra tan llena de posibilidades a las muchas que en el ámbito de las Bellas Artes lleva realizadas este Ministerio.

### La investigación musical

Esta preocupación del Estado por los estudios musicales ha llegado a la zona superior de la investigación científica, y así, dentro del Instituto de Arte y arqueología Diego de Velázquez, en la Sección de Musicología, se ha publicado la magna obra de Anglés «La música en el reinado de los Reyes Católicos», im-

probo esfuerzo de carácter histórico que cubre una ruta llena de sorpresas para nuestra musicología.

Pero, con ser esto importante no es más que el comienzo de una segunda etapa, en la que el Ministerio deberá extender su acción a todos los Conservatorios de España con igual preocupación de convertirlos en centros de plena eficacia para desenvolver su importante cometido.

#### **La declamación y el resurgimiento del teatro**

Un aspecto de trascendental interés dentro de las enseñanzas musicales habrá de ser vitalizar y valorar, en su grado máximo, las disciplinas de declamación. Es preciso que nuestros Conservatorios se den exacta cuenta de la importancia que tales estudios significan en la formación del espíritu nacional. Porque los estudios de declamación fluyen en la renovación del teatro. Y gran verdad es que todos los pueblos que han alcanzado momentos cumbres en su vida nacional supieron crear un teatro característico, en el que se retrataron las virtudes de la raza y del que salieron ejemplares lecciones para la formación del pueblo. En este camino, el Ministerio estudia con todo celo las medidas que puedan ayudar al resurgimiento de nuestro teatro lírico y a conseguir la restauración plena de nuestro Teatro Real, a la par que continuar en el iniciado esfuerzo de estimular el teatro, amparando a los artistas y salvando de la actual crisis a la producción escénica con un período de esplendor que enlace con la gloriosa tradición teatral española.

#### **La restauración de la música sagrada**

No puede, por otra parte, el Ministerio permanecer al margen de la imperiosa necesidad de restaurar en España nuestra música sagrada, que en los siglos imperiales gozó de tan eximio predicamento en las egregias figuras universales de nuestro Salinas, que inspiró el estro de Fray Luis; de nuestro Cabezón, que hizo posible con sus armonías, hechizando el alma de Felipe II la construcción de El Escorial, o de nuestro gran Vitoria,

cuyo centenario celebró solemnemente el Ministerio y que representa la más alta cumbre de la música hispánica sagrada en el cénit de su grandeza mística y espiritual. Por ello, en los momentos actuales se prepara la creación, de acuerdo con la Jerarquía Eclesiástica, de una Escuela de Música Sagrada que reanude la tradición española y lleve a todos los ámbitos de la vida nacional el hábito cristiano de la nueva España.

#### **La música, elemento de unidad espiritual**

Finalmente, el Estado de Franco estima que la educación musical es factor importante de la formación de nuestro pueblo y que es, a la par, elemento esencial de unidad, puesto que impregnado el espíritu colectivo del sentimiento de la música, las masas populares disponen mejor su alma para sentir la unidad de la Patria y el amor a su grandeza espiritual. Y así, es propósito del Ministerio, siguiendo las consignas del Caudillo, llevar la educación musical a todos los Centros de Enseñanza, proteger con la máxima generosidad a los artistas que entregan su vida entera al cultivo de la música y extender por toda España el amor y la emoción de este arte, en el que también se trabaje con ardimiento por la unidad, la libertad y la grandeza de la Patria.»

El señor Ibáñez Martín terminó su discurso con los gritos de ¡Viva Franco! y ¡Arriba España! y escuchó al final de sus palabras una clamorosa ovación.

# APUNTES CRÍTICOS DE LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES

Los aspirantes a la Medalla de Honor.-Los jóvenes se anuncian como valores futuros.-Su producción la más interesante.-El Certamen resumen es índice de la vitalidad artística.

**E**STAMOS otra vez en el recinto de la Exposición Nacional. El hecho nos indica, sin vanas disgresiones que lo demuestren, la vitalidad artística actual. Señala también la protección estatal por medio del Ministerio de Educación y de la Dirección General de Bellas Artes, y añade una satisfacción para todos: la de saber que España, hoy, en el mundo, dedica uno de sus afanes al fortalecimiento y amplitud del Arte. Y esto social y políticamente tiene una importancia que es menester subrayar.

Y tras el pórtico del prólogo, resumamos la impresión total de este Certamen, cuyo tono medio es superior al último celebrado. Es posible que falten los cuadros de excepción, fuera de algunos que aspiran a la Medalla de Honor; pero también es verdad, y acaso como índice más digno de tenerse en cuenta, que el buen gusto en los temas y una depuración en la sensibilidad se ha hecho presente en el conjunto.

Son aspirantes a la Medalla de Honor: Solana, Vázquez Díaz, Hermoso, Vila-Puig, Martínez Vázquez y el escultor Marín.

El orden expuesto nos permitirá seguir el análisis en la misma forma. Estamos ante los cuatro lienzos de Solana: «Máscaras», «Las lavanderas», «Mujer y maniqués» y «Caretas». Cualquiera de ellos es suficiente para dar gloria a un pintor. El «caso» Solana, por su misma importancia, es fácil a sufrir grandes equi-





Llegada a la Exposición Nacional de S. E. el Jefe del Estado, que es recibido por el Excmo. señor Ministro de Educación Nacional.



S. E. el Generalísimo en la sala de esculturas de la Exposición.



**El Caudillo de España, acompañado del Sr. Ministro de Educación Nacional y del Ilmo. Sr. Director General de Bellas Artes, Sr. Marqués de Lozoya, recorre las diversas salas del Certamen Nacional de Pintura.**

vocaciones. Una de las mayores acaso sea aquella de la que son portavoces lo que pudiéramos llamar el frente de los timoratos o de la mediocridad. Le forman los que creen que la Pintura es trasladar a la tela pájaros, flores, mujeres elegantemente ataviadas o caballeros con la mano puesta en un sillón y los inevitables crepúsculos sobre el mar. Naturalmente, esto no merece tomarse muy en serio si no fuera porque causan un evidente perjuicio a los que pretenden aprender en opiniones ajenas. De todos es sabido que la Pintura tiene que ser algo muy superior a la habilidad de un señor para agradar a otros. Y conscientes de ello, debemos alejarnos de los que nos tienen encerrados los elogios en las bellezas de un pasado o en las minucias de un presente. Y esta liberación de la ñoñería es menester emplearla con el pintor que más la sufre: Solana.

Nosotros no pretendemos crear axiomas, pero sí incitar a la reflexión. Y ésta surge cuando, ante los cuadros expuestos por el artista madrileño, contemplamos, al lado de una obra personalísima, una pintura superior. Poco importa que el tema no sea de nuestro agrado, porque lo que nos interesa es asistir a un proceso pictórico, a un curso intelectual y artístico, y éste nos lo brinda Solana con enseñanzas definitivas. Se ha pretendido poner al lado de su tristeza, ejemplar, el canto de la aversión por su predilección por una humanidad irredenta o de espaldas a la Vida. No importa. Sabemos todos que esa humanidad existe y que tiene realidad en todas y cada una de las partes del mundo. No seamos tan fáciles para la evasión, que huyamos por no ver una interpretación exacta. Solana, como todo gran artista, no retrata una humanidad concreta, refleja su revés. Por tanto, conscientes de su universalidad, dejemos la Literatura para recreo de los que de ella gusten, pero no mezclemos jamás su contenido con aquel pictórico que encierran los cuatro lienzos expuestos, ante los cuales es preciso proclamar su bondad. Y no olvidemos que la sinceridad no le ha permitido pintar para la exportación; ha pintado de verdad y para nadie. No ha tenido nunca los motivos sujetos a un mercado con miras distintas de aquellas que se derivaban de

su propio goce. Y como lo que evidentemente importa a todos es que se pinte bien, en este caso, para satisfacción española, está cumplido con creces el empeño.

Vázquez Díaz es el pintor que le sigue en el orden y en los méritos. Su aferramiento a la fórmula que se hace más viva en la colección de retratos, perjudica a su obra. Su fama de dibujante sigue en el gran nivel a que nos tiene acostumbrados; pero el color en una misma solución de pobre simplicidad hace perder calidad a la línea. Es pintor que tiene problema y resultado, lo que es más que suficiente, pero la repetición del hallazgo resta calidades al propósito. De sus cuatro cuadros nos satisfacen por este orden: «Retrato del P. Sancho» —donde hay una concepción de blancos en el hábito resuelta de mano maestra—, «Retrato de don Elías Tormo», «Retrato de Azorín» y el del «Duque de Alba». Los dos primeros tienen un interés auténtico; en los otros, el encuentro entre el modelo y el retratado, singularmente en el último, no logran crear el lienzo independiente y logrado en la superación que debe esperarse de quien los firma.

La colección de paisajes de Vila-Puig no consienten la emoción. La expresión de los elementos naturales está tan ajustada a una traducción limitada, que se pierde lo que pudiera haber entre el paisaje y el hombre. No logran llegar al espectador porque el pintor los ha visto tan preocupado de sorprender la luz que, olvidado de todo, ha olvidado que también ésta era falsa a fuerza de desear que fuera real.

Martínez Vázquez no permite a su pincel otro traslado que el de una misma luz a una determinada hora. Lo demás, le preocupa secundariamente. Cree que con seguir fielmente las incidencias del terreno o las sorpresas de la piedra y del árbol ha cumplido su quehacer. Y de esa equivocación surge un producto del que tienen la culpa la mala disposición de los sumandos.

Y, por último, Hermoso, en una senda propicia a los engaños, de la que, desgraciadamente, no sabe apartarse, llena de falsa dulcedumbre, unos lienzos que mueren anegados en naranjas y violetas. Algunos conservan restos de pasadas grandezas,

que volverán cuando el pintor no confunda los fines ni pretenda crear una belleza para una predilección particular.

Y éstos son los pintores que aspiran a la Medalla de Honor, a los que sinceramente —no acertadamente— enjuiciamos con la mayor lealtad y la mejor voluntad de definición, ya que lo que importa es que la amistad o la enemistad dejen paso a aquel que más valga, para honra y provecho de todos.

La Exposición ahora podemos dividirla en pintores «honrados» y pintores que, siéndolo, aspiran a seguir o a marcar rumbos distintos a los cánones. El grupo de los primeros llega desde los más antiguos, como Hidalgo de Caviedes, hasta jóvenes como Segura, que, muy acertado en su lienzo dedicado al P. Sancho, donde hay soluciones magníficas en la cabeza de los frailes, persiste en la manía de envolver el conjunto en una misma melodía cromática. A este grupo pertenecen Mosquera, Lázaro, Peñuelas y muchos más que siguen trilladas sendas con una dignidad que demuestra la posesión de los secretos del oficio, aunque las alas cortadas no les permitan la escapada definitiva, que pueden conseguir cuando se decidan a abrir su panorama espiritual. Lázaro, en un tríptico, demuestra que el pincel sabe penetrar en todos los resortes, y acierta hasta en la composición, en ocasiones. Mosquera, en su «Prior», se enfrenta con las dificultades y las vence, y Peñuelas sueña con una perfección que alcanza a veces, aunque a todos les falta el rasgo personal que los defina con aspiración de inmortalidad. Junto a los nombrados, muchos nombres más; pero la lista se haría interminable, y preferimos señalar las esperanzas que se anuncian más seguras.

En este grupo de promesas podemos apuntar a Campillo, que se ha revelado con dos paisajes que ofrecen una noción pictórica perfecta; a Amat, creador de una poesía de la ciudad que nos descubre lenguajes ocultos; a Pedro Mozos, que en concepción superior aspira, y lo conseguirá, a hacer suya la Pintura. La parte interior de «Ecos de guerra» es la mejor prueba de ello. En el mismo lugar, Jenaro Lahuerta, en su «Reposo», pintor suficiente para garantizar a una firma; Eduardo Vicente, uno de los espí-

ritus más acusados y más seguros; Serra, de fina factura; Santasusagna, triunfador en el retrato de su hija. Y en la misma lista, el «milagro» de Carmen Legísima, que se nos ofrece repetido y siempre con la misma sorpresa, y Frau, en camino de encontrar «su» verdad en un cuadro agradable, lleno de calidades, y García Morales, que en su «Pudor» se consagra como esperanza fecunda, y Orga Marqués, que en sus «Payasos», de buen recuerdo picassiano, alcanza a conseguir una expresión y un sentido.

Hemos procurado escoger a los pintores en los que creemos y a los que nosotros conocemos poco y la mayoría del público nada. Nos parece rendir con ello un tributo a su mérito, que nos ha hecho parar los pasos frente a su obra. En ellos, y singularmente en Mozos, Legísima y Eduardo Vicente, están grandes pintores. Su presencia indica un deseo de competición, que siempre nos parece más loable que el encierro en las torres de marfil.

Lo que pudiéramos llamar escuela catalana es lo más firme del Certamen, fuera de las «islas» de los tres nombres reseñados.

Dos pintores nos han defraudado esta vez: Vaquero, con una «marina», en la que los valores se pierden por una equivocación de medida pictórica, y Llimona, que ha hecho un ensayo inferior a la bondad de su producción.

Y en el tono medio, una lista de pintores de indudables excelencias, que llenan gran parte del catálogo. Y también, ¡cómo no!, las pertinaces equivocaciones y errores de tantos que tienen «vocación», y lo que es peor, deseos de persistir.

En la Sección de Grabado destacan los dibujos de Vázquez Díaz —demasiado vistos en otros Certámenes—, siempre magníficos; las acuarelas de Amat, los apuntes de Mozos y la buena técnica de Esteve-Botey. En la Sección de Escultura, Marín —aspirante a la Medalla de Honor— presenta una imagen de San Francisco, llena de ternura escultórica, a la que aditamentos de adorno restan valor. Dos grandes esculturas componen su aportación mejor. Planes acierta en un «Desnudo» y en el ropaje de una figura religiosa. Amaya, siempre alejado, hace acto de presencia con una talla llena de buen trabajo y ganados esfuerzos,

que han dado fruto cierto. Pinazo tiene una bella escultura, que puede competir con ventaja con las más ambiciosas. Alvarez Borrás, Coullat Valera y, sobre todo, Zaragoza —auténtica revelación—, en el busto de su padre, junto con Borrás, Torre-Isunza, Sánchez Cid —que ha estropeado su buen hallazgo con un barnizado absurdo—, Vicent, etc., poseen atracciones suficientes para ser dignos de elogio. Entre la aportación joven, Víctor de los Ríos, Margarita Sans Jordi y otros, se sitúan en el plano para la obtención de los premios a los justos deseos.

Y este es el apunte crítico rápido que nos da como resumen la Exposición Nacional.

No hemos pretendido hacer análisis, sino dejar señales para que el futuro espectador tenga sitio determinado donde pararse y analice por su cuenta. Hemos procurado dedicar la atención en los jóvenes por creer que es lo más digno de apuntar. Y la verdad es que en la juventud es donde se advierten las mejores realidades, ¡gracias a Dios! Y como epílogo, la satisfacción de ver que hoy, mejor que ayer, se abren las ventanas del Arte y se siguen los más diversos caminos. En España, que tantos apellidos ha dado a la Pintura, y que en la actualidad reparte con prodigalidad, se sigue pintando. Dentro y fuera de la Exposición podemos estar seguros, como dentro y fuera de España, que los caminos primeros llevan todos nombres españoles; ni el aferramiento de muchos al pasado, ni el deseo de otros por los futuros, hace perder calidad al panorama de nuestros artistas, que casi siempre son los mejores. Y el Estado, interesado, porque así sea, fomenta cada día los impulsos. Los resultados se han obtenido ya, pues las estadísticas dicen mejor que nada que los esfuerzos han conseguido el buen final. Y eso es lo verdaderamente importante para todos: aunque el Certamen actual no dé, ni con mucho, la valía —en conjunto— del Arte Español, que hoy ocupa, en Pintura, el puesto más interesante.

# EL PRIMER CONSEJO NACIONAL DEL S. E. P. E. M.

**A** finales de mayo abrió sus tareas en Madrid el Primer Consejo Nacional del Servicio Español del Profesorado de Enseñanza Media. Con asistencia de delegados de todas las provincias, el Consejo abordó, en sesiones entregadas de lleno al trabajo, el estudio de importantes problemas relacionados con la enseñanza del Bachillerato, concretado en las conclusiones que se elevaron a la Superioridad.

Realizóse la sesión de clausura con el homenaje que el Consejo tributó a José Antonio ante su tumba de El Escorial. Las altas jerarquías de la Delegación de Educación del Partido, presididas por el Ministro, señor Ibáñez Martín, trasladáronse al Monasterio, donde se celebró una misa y rezóse un sufragio ante la tumba del Fundador de la Falange, en la que quedó colocada una monumental corona de laurel.

En el salón de actos del Ministerio celebróse el acto de clausura del Consejo. Tras unas palabras del Secretario central del S. E. P. E. M., que dictó consignas a los afiliados, el Delegado nacional de Educación del Partido y Ministro de Educación Nacional, señor Ibáñez Martín, pronunció el siguiente discurso:

«Camaradas: Cúmpleme, ante todo, como Delegado nacional de la Falange, agradeceros el esfuerzo que habéis desplegado en las tareas del Primer Consejo Nacional del Servicio Español del Profesorado de Enseñanza Media. En tales quehaceres os habéis comportado como falangistas, dando a vuestros trabajos el valor de un acto de servicio; habéis aportado a la consideración del



Mando el estudio de los problemas de orden técnico y político que os han sido encomendados, y habéis sentido a la par la responsabilidad que como educadores encuadrados en las filas de la Falange os alcanza en esta nobilísima empresa común de engrandecer a España por el servicio de la cultura.

Ningún empeño más excelso que éste, pues, como en repetidas ocasiones he tenido la oportunidad de afirmar, la verdadera trascendencia de la Revolución que la Patria necesita tiene un alto sentido espiritual y, por tanto, se la sirve privilegiadamente en el campo de la educación. Por esta razón, nuestra Delegación Nacional ha ordenado su tarea constructiva en sucesivas etapas, y una vez que el Servicio Español del Magisterio alcanzó la madurez, atestiguada en su Primer Consejo Nacional, importaba continuar la obra en el importantísimo sector de la Enseñanza Media, que hoy ofrece a la Falange, a través de vosotros, las primicias de una organización seria de la que cabe esperar espléndido rendimiento.

#### LA ENSEÑANZA MEDIA

A medida que nos elevamos en los grados de la Enseñanza, vamos adquiriendo una noción más clara de los deberes que nos incumben en esta educación de la juventud del mañana, que ofrecerá, madura y en sazón, la labor del Movimiento. Porque la Enseñanza Media es el primer crisol educativo de selección de las juventudes útiles para el servicio de la cultura. Está situada en el punto crucial de la formación del hombre, y la educación que en ella se alcance prefigura el contenido y la tónica de la labor de la Universidad. Indispensable, por tanto, es definir en esta etapa fundamental de la formación juvenil los principios doctrinales que han de presidir con criterio y estilo falangista todo su proceso educativo.

El Secretario central del Servicio Español del Profesorado de Enseñanza Media, camarada Luis Ortiz, ha trazado, en rápido bosquejo —que plenamente subrayo y confirmo— cuáles son las

líneas directrices de una íntegra formación humana del joven como la Falange lo necesita. Pero me corresponde, además, resaltar, sobre todo, dos conceptos sustanciales, sin los cuales el edificio armónico y total de una educación media en el orden físico, en el estético y en el intelectual, se resquebraja y se hunde.

#### EL SENTIDO RELIGIOSO DE LA VIDA

Aludo en primer término al sentido religioso de la vida que la Falange proclama. No sólo preconizamos la cultura religiosa como elemento indispensable de la formación, sino que destacamos aquella otra cualidad que en la mente de León XIII era, asimismo, necesaria para la educación del espíritu cristiano: el ambiente religioso, la piedad sólida, apoyada en las virtudes que son hoy norma moral de la Falange, tales como la obediencia, el sacrificio, la austeridad y la justicia.

Cultivar la piedad es rendir culto a lo más puro y sustancial del ser histórico de España, cuya mejor ejecutoria fué precisamente su actitud de milicia en la avanzada de la civilización cristiana y sentir la catolicidad como su mejor y más universal destino. Este afán de educación cristiana en la Enseñanza Media ha de ser recogido por las falanges del Profesorado como su más imperativa consigna para llevarla a la legión de jóvenes que les ha confiado la Patria, y cumpliendo así el mandato del Caudillo, manifestado reiteradamente, de colocar lo espiritual en la cima de todos nuestros esfuerzos.

#### LA EDUCACION POLITICA

Pero a la educación religiosa —soporte esencial de la empresa formativa— añadimos una nota de gran trascendencia, sobre la que importa la más absoluta claridad. Queremos una educación española. Esto es, entendemos que el hombre español no puede formarse en su integridad si no se le dota de un contenido político que lo una fuertemente al destino de su Patria. Y ello, lejos de desvirtuar el sentido religioso de la vida, lo fortifica

y subraya, porque en la clave de los mejores arcos de nuestra Historia se encuentra una actitud religiosa y católica. Este concepto de educación política, sinónimo de la educación cívica que plantea Pío XI en la «Divini Illius» como deber del Estado, forma parte del ideario de la Falange, para la cual la educación es un servicio a la Patria y la unidad de los españoles sólo es posible bajo el signo de una formación espiritual común, servidora de nuestros afanes revolucionarios e inspirada en el eterno ideario de España. Por eso no se concibe entre nosotros una Enseñanza Media en la que puedan cumplirse íntegramente los propósitos educativos si en la vida del escolar, desde que penetra en el Bachillerato hasta que abandona esta fase del estudio, no alienta en todo su vigor y plenitud el amor a la Patria. Y como en los momentos en que vivimos ese sentido de lo patriótico y de lo político lo encarna el Jefe supremo de nuestro Movimiento, quien, por imperativo de designación providencial, por derecho de victoria, por mandato del sacrificio de los que cayeron y por sus cualidades de conductor y de estadista, representa el poder histórico de España y la de transmitir su interpretación a las promociones juveniles para convertirlo en ideal perenne y eficiente. Por esta razón ha asignado a su Falange una misión educadora de carácter político que ha de cumplir a través de sus órganos adecuados.

Cabalmente hace pocos días, el Ministro Secretario general del Movimiento podía afirmar en el prólogo de una edición de la revista «Fe» —grito de guerra que rasgó generosamente los aires de la Patria en un momento de excepcional gravedad— que nuestra Falange, más que un programa, es una cultura, una manera de ser, cuya potencia creadora ha de trascender al presente y al futuro de nuestro destino histórico. Por eso ha de impregnar la Falange la vida docente nacional de su estilo llevándolo a todos sus grados y en manera especial a la Enseñanza Media, donde la formación imprime el carácter al adolescente, marcándole ya la ruta definitiva de su espíritu.

Esa labor corresponde en forma muy peculiar a los educa-

dores falangistas que, como vosotros —encuadrados en las filas del S. E. P. E. M.—, sienten el deber de la hora presente de España en que decidimos con oportunidad única y con responsabilidad tremenda la suerte de nuestro mañana, cuya configuración responderá al alma de la juventud que hoy tenemos en nuestras manos.

### EL DEBER DE TRABAJAR

Por eso mi norma, mi consigna al terminar las tareas de este Primer Consejo Nacional del Servicio Español del Profesorado de Enseñanza Media, es la que Ledesma Ramos trazaba a los intelectuales cuando les proclamaba como necesario el mantenimiento de una firme solidaridad con el pueblo para ayudarle a forjar la grandeza de España. En la minoría de los hombres de ciencia y de estudio, en la de los intelectuales y educadores, están las riendas de los destinos de la Patria, y ellos serán los máximos culpables de traición si se malogra el fruto de una revolución cristiana y española, que exigen al unísono los que murieron por Dios y por España, y los niños y jóvenes que quieren servir con su vida los supremos ideales de la unidad, grandeza y libertad de la Patria. A trabajar con denuedo y con entusiasmo en el campo de la educación, para que esta semilla que la Falange deposita hoy en su Profesorado produzca espléndida cosecha y la Enseñanza Media española, tal como la quiere el Caudillo, encuentre en vosotros sus más fieles servidores. ¡Arriba España! ¡Viva Franco!»

El «Cara al sol», entonado por todos los asistentes, y cuyos gritos de ritual fueron dados por el Delegado nacional de Educación, cerró el acto.

# BIBLIOGRAFIA

**BOWLEY, AGATHA H., B. A., PH. D.:** "A study of the factors influencing the Natural Development of the Child during the pre-school years by means of record forms. — Cambridge, University Press, 1942.

El *British Journal of Psychology* ha lanzado esta vez a la publicidad, en sus suplementos monográficos, este interesante estudio del autor de *The Natural Development of the Child*. Es un folleto de cerca de cien páginas, dedicadas a insistir sobre un tema un tanto pasado en la doctrina moderna educativa, no obstante ser siempre interesante y sugestivo.

Una primera parte (caps. I y II) de presentación teórica, influencias determinantes de la evolución física e intelectual del niño y disquisiciones sobre la doctrina del método; exposición, en una parte segunda, de los resultados obtenidos tanto en los grupos superiores como inferiores y mentalmente deficientes (cap. III y Conclusiones), y unos apéndices dedicados a los problemas pre y post escolares y sus instituciones complementarias. Este es el trazado general del librito que hoy comentamos, interesante, práctico —quizá con exceso— y de agradable lectura.

La presentación, menos cuidada de lo que es tradicional en la imprenta inglesa.

**EL LIBRO DE LA SABIDURIA.**—Introducción, traducción y notas del P. Romualdo Galdós, S. J., Dr. S. S., Profesor de Sagrada Escritura, Hebreo y de Griego-Bíblico en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma (1939); el opúsculo está editado por la Librería Alci, de Roma, en la tipografía Soc. Tit. A. Macioce & Pisanì. Isola del Liri (1939).

Es la primera traducción que al español se ha hecho del texto griego original del *Libro de la sabiduría*. Ha merecido calurosos elogios de los más eminentes bíblicos españoles, especialmente del R. P. Florentino Ogara, S. J., especialista en lenguas bíblicas.

**Formato:** 19 por 12,3 cms. (80 páginas).

Es obra de carácter bíblico-lingüístico; está dedicado al excelentísimo

y reverendísimo señor don José Manuel Ruiz y Rodríguez, Arzobispo de La Habana.

Domicilio habitual del autor: Roma, Piazza Pilotta, 4; domicilio actual: Oña (Burgos), Colegio Máximo.

**HARDIE, CHARLES D.:** "Truth and fallacy in educational theory".—Cambridge, University Press, 1942.

Ciento cincuenta páginas, excelentemente presentadas, según la tradición editorial británica, vienen a renovar la vocación de los educadores ingleses por los temas de especulación teórica. Este quizá es su único punto objetable. Su interés jamás rebasa los límites de la doctrina, para revertir en la práctica que en la Escuela es la vida. Es la realidad.

No obstante, Hardie escapa esta vez, incluso a este reparo, para aventurarse en la crítica constructiva. Para hacer, en definitiva, un libro interesante. He aquí el sumario: Preface, Introduction, I. Education According to Nature; II. The educational of Johann Friedrich Herbart; III. Id. John Dewey; IV. The Basis of Any Educational Theory; V. The Theory of Educational Measurement.

La simple lectura del sumario dará al lector, mejor que nuestras notas, la clave única de la orientación total del libro: crítica. Muy estimable, por cierto, y con notables apuntes constructivos, aptos para un mayor y amplio desenvolvimiento.

Completa el volumen un detallado índice, que facilita grande y útilmente la lectura y la búsqueda de las cuestiones y los autores citados.

**DIEZ, S. J. (José Luis):** "Coros hablados para juventudes".—Biblioteca Auxiliar del Catequista, tomo VII. Editorial Lumen.

**ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS ARTÍSTICOS DE MADRID:** "Memoria-anuario del curso de 1941-42".—Blass, S. A. Madrid, 1943.

En las postrimerías del actual curso académico, la Escuela de Artes y Oficios Artísticos de Madrid ha editado la Memoria-anuario correspondiente al pasado ejercicio docente. En sus páginas, de esmerada presentación, se recoge el impropio esfuerzo desplegado por los profesores de esta clase de enseñanza, que ha cobrado en España vuelos insospechados. Los afanes rinden ya hoy su fruto, copioso por cierto. Asombra el número de matriculados, que subió en el pasado curso a 6.600, cifra jamás igualada hasta ahora. El dato es por demás bien elocuente, cuando en la actualidad permanecen cerradas por imperativo de la destrucción marxista, las Secciones de Cuatro Caminos, Chamberí, calle de Silva, Ribera de Curtido-

res y Carabanchel. Ello planteó a la Dirección agobios de local, resueltos merced a la cesión generosa de aulas por parte de algunos Institutos de Enseñanza Media, en las que se cobijan a horas distintas del horario oficial, los alumnos de la Escuela. Incluso pudieron cumplirse a rajatabla, las disposiciones sobre prohibición de coeducación, que repudia el nuevo Estado. Fueron, asimismo nombrados Encargados de Curso, con los cuales atender las exigencias docentes del numeroso alumnado.

Entre las innovaciones que registran las efemérides, acaso sea la más merecedora de destacarse la creación de la clase de proyectos. Sus alumnos han esbozado múltiples trabajos, que luego cobran realidad en las distintas Secciones. Misales, candelabros, mesas, cunas, carpetas para libros, cajas decorativas, sillones, tapicerías, bordados, objetos de metalistería, etc., han servido para despertar en los muchachos la facultad de concepción de los objetos con audaz originalidad, no exenta de gusto artístico. La feliz iniciativa ha cuajado plenamente y, en próximos cursos, hallará su debido desarrollo, y dicha clase llegará a ser la rectora artística de los diversos talleres de la Escuela.

No ha descuidado tampoco el Centro la ayuda a los alumnos modestos, bien con la concesión de becas, logradas en reñidas disputas, bien con la donación de premios en metálico al buen aprovechamiento y esmerada conducta. Concursos y certámenes estimularon la aplicación de los escolares, que recibieron valiosos premios en metálico y en libros recreativos.

Obras de reformas importantes en varios edificios, creación de nuevas enseñanzas, tales como las de juguetería y muñecos de trapo; funcionamiento de una nueva Sección en la calle de Cartagena, 151, han remozado el vetusto plan de estudios de la Escuela, que ansía una honda transformación para llevar a las juventudes obreras el ansia de un perfeccionamiento artístico, que tanto provecho ha de rendir a nuestra artesanía, de tan gloriosa raigambre y fiel ejecutoria en el mundo.

## OBRAS ITALIANAS

- |   |  |
|---|--|
| <b>Accademie e Istituti de Cultura:</b>   | <b>Gli Istituti di Educazione in Italia.</b> — Roma, 1941.                             |
| “Statuti e regolamenti”. — Roma, 1939.  |  |
| <b>Ministero della'Educazione Nazionale:</b> “Dalla riforma gentil alla carta della Scuola”. — Florencia, 1941. | <b>Relazioni annuali delle Accademie e degli Istituti di Cultura.</b> — Roma, 1939-40. |
|   | <b>Accademie e Istituti di Cultura.</b> — Roma, 1938.                                  |
| <b>Le Biblioteche d'Italia.</b> — Roma, 1942.   | <b>Marsili:</b> “Alumni esame tasse”. Roma, 1942.                                      |

- Annali della Scuola.—Roma, 1942.
- Giustini: "L'ordinamento della istruzione universitaria in Italia". Roma, 1940.
- Orari e programmi d'insegnamento per le Scuole tecniche ad indirizzo commerciale.—Roma, 1936.
- Orari e programmi d'insegnamento per le Scuole Professionali Femmenile e di Magistero Professionale per la Donna.—Roma, 1936.
- Orari e programmi d'insegnamento per gl'istituti Tecnici Agrari. Roma, 1936.
- Orari e programmi d'insegnamento per gl'istituti Tecnici Industriali.—Roma, 1936.
- Orari e programmi d'insegnamento per gl'istituti Tecnici Commerciale ad in Dirizzo Amministrativo e Mercantile.—Roma, 1936.
- Orari e programmi d'insegnamento per gl'istituti Tecnici per Geometri.—Roma, 1936.
- Orari e programmi d'insegnamento per gl'istituti Tecnici Nautici.—Roma, 1936.
- Riordinamento dell'istruzione media técnica.—Roma, 1937.
- Conversione in legge del Regio decreto-legge 6 ottobre 1930, n. 1.379, concernente il riordinamento delle Scuole Secondarie di avviamento al Lavoro.—Roma, 1937.
- Approvazione degli orari programmi d'insegnamento e d'esame e i ragupamenti per materie per le Scuole Secondaire di avviamento Professionale di tipo industriale maschile e femmenile per ciechi.—Roma, 1940.
- III giornata della técnica.—Roma.
- Aprovazione dei progammi e degli orari per le Scuole Tecniche industriali especializzate per le Arti Grafiche.—Roma, 1938.
- Ministero della Educazzione Nazionale: "Estratti dal Bolletino Ufficiale".—1935, 1938, 1939, 1940, 1941.
- Orari e programmi della Scuola Media.—Roma, 1940.